

EN LA ARAUCANÍA



Aurelio Díaz Meza

**Breve Relación del Último Parlamento Araucano de Coz-Coz,
18 de enero de 1907.**

Indice
Prólogo
I. Introducción
II. De Valdivia a Panguipulli
III. La Misión de Panguipulli
IV. Hacia el Valle de Coz-Coz
V. El Valle de Coz-Coz
VI. El Parlamento
VII. Desfile, Sacrificio y Baile
VIII. Un Rato de Charla
IX. Audiencia de Horrores
X. El Memorial del Cacique
XI. Conclusión

PRÓLOGO

Este folleto escrito por un joven que despunta en el periodismo, Don Aurelio Díaz Meza tiene dos puntos diversamente interesantes, porque en tanto que la relación escrita casi taquiafrada del parlamento Indígena de Coz-Coz es un documento para los que procuran conocer la índole de la raza araucana, lo que sigue se refiere a su explotación y exterminio por los descendientes de los españoles, menos generosos que sus padres, tiende a despertar no estéril simpatía, sino acción eficaz en los poderes públicos, bajo cuya tutela, en calidad de menor de edad, se halla la raza aborigen de nuestro suelo.

Los parlamentos araucanos tuvieron siempre un fin guerrero. Juntábanse los caciques o jefes de reducciones o distritos organizados en forma patriarcal, para acordar el modo de la guerra y la cuota de hombres de cada reducción. Durante los 250 años en que los españoles, vencedores en Italia, en los Países Bajos y cargados de gloria, guerrearon con los araucanos sin lograr someterlos al dominio del Rey, hubo parlamentos para acordar treguas. La Independencia de Chile del poder español no cambió la situación de los indios, la guerra secular siguió menos activa ya, entre los chilenos que se reconocían y proclamaban en poesías y discursos hijos y descendientes del Indomado león de Arauco, inspiraron la musa de Ercilla: que los araucanos fueron los últimos héroes del ciclo legendario en la literatura universal.

En 1864 los araucanos celebraron el último parlamento histórico con el jefe de las fuerzas pacificadoras, el general Saavedra. Fue la tregua definitiva. Aquietadas las tribus, la república las tomó bajo su tutela. Señaloles territorios para que vivieran en libertad, según sus usos y costumbres. Retirados a sus bosques, a esos espléndidos bosques que infiltran en el ánimo un terror sagrado, vivieron en paz, hasta que la codicia de comerciantes, aventureros y leguleyos, han traspasado los lindes de sus tierras para disputárselas.

Ya no se guerra como antaño: ya la trutruca no resuena en los oteros convocando las tribus al combate ni los veloces mensajeros se pierden por los secretos senderos de las montañas para llamar a los hermanos a la defensa del territorio: ahora los destiladores de alcohol han encontrado el arma contra la cual no puede defenderse el indio. Ignorante, respetuoso de las leyes, obediente al Gobierno de la República leal en los pactos con ellas, el indio no piensa sublevarse ni ya reúne las tribus bajo el bosque, alrededor del canelo sagrado para proclamar la guerra contra el invasor: confía en el Gobierno. Pero el leguleyo, le embriaga y le hace firmar papeles de venta de sus tierras; el aventurero le salta e invocando el, para el indio, respetado nombre de Gobierno o la Justicia, le arroja de su choza y sus campos: el mercachifle le deslumbra con telas y baratijas. La natural desconfianza

del indio desaparece con la embriaguez.

Cuánta injusticia, cuánta infamia sufre la raza aborigen: hay historias trágicas que conmueven y sublevar el ánimo: ahí hay campo virgen, vasto y original para el poeta, para el novelista y para el aposto.

El señor Díaz Meza, ha recogido la última voz de queja, de entereza y valor de la raza en el parlamento de Coz-Coz. La fidelidad del Cronista es digna de aplauso: ningún arte ha podido dar cuadro más animado y humano que la veraz relación del

periodista. Estoy seguro de quien lea le agradecerá profundamente haber desoído toda tentación de meter mano para arreglar a su sabor los discursos de los oradores.

Si el hombre de gusto literario halla en la relación del Parlamento campo en que apacentar la mente , el autor no desea otra cosa sino que el gobernante y el político encuentren materia de meditación y estudio en los breves datos sobre los crímenes de que al indio hacen víctima tinterillos rateros y rapaces aventureros. Es deber para ellos detenerse en esas páginas y obrar conforme a la justicia.

Misael Correa.

I. INTRODUCCIÓN

El parlamento indígena celebrado en Coz-Coz el 18 de enero de 1907 es, sin duda, la reunión más importante que han efectuado los indios araucanos después de su pacificación por el Gobierno de Chile.

La organización primitiva que conservan los indígenas chilenos, en la cual se reconoce como única autoridad efectiva al jefe de la familia cacique, impide que el territorio indígena gobierne un sólo hombre que refleje autoridad suprema, ya sea autocrática ó democrática, dicástica o electiva.

Sin embargo, existen en Arauco caciques principales que tienen autoridad sobre varios caciques, este dato que estaría en contraposición con el anterior, como podría creerse, viene a confirmar aquel acerto. El cacique principal es el jefe de una familia numerosa que por esta circunstancia ha tenido que dividirse o salir del hogar para formar otras rucas a alguna distancia. En este caso, el jefe de la nueva familia es caciquillo dependiente de su padre el cacique principal. Transcurridos algunos años, dos o tres generaciones, ese caciquillo podrá ser cacique principal, ya sea sucediendo a su padre por muerte o porque su familia es numerosa y rica.

Con este antecedente se convendrá con nosotros en el parlamento indígena de 1907, en que tomaron parte caciques de un radio cercano a sesenta u ochenta leguas de Coz-Coz, tiene una importancia innegable, toda vez que ha sido síntoma de que los araucanos tienden a organizarse.

En ese parlamento había caciques que no se conocían personalmente y a los cuales el cacique de Coz-Coz, dueño de casa, e invitante y promotor del Parlamento hubo de presentar con las fórmulas y el ceremonial de que hablaremos más adelante.

El objeto del Parlamento o «junta» como se denomina a estas reuniones en lenguaje mapuche, fue especialmente el de comunicarse los caciques entre sí, y referirse mutuamente los infortunios que padecen; contarse en familia, digámoslo así, los inauditos atropellos que los «españoles» cometen contra ellos, oír las opiniones de los ancianos, a los cuales guardan profundo respeto y resolver de mancomún lo que, a juicio de todos sería conveniente hacer para poner a salvo lo que les resta de su patria antes libre: su tierra, su ruca y sus animales.

El invitante y organizador de este parlamento, Manuel Curipanguí-Treulen, cacique principal de Coz-Coz, es todo un tipo araucano. Alto, fornido, de aspecto ligero, vivo de ingenio y que piensa. Sostiene una conversación con cualquier «huinca» y pone objeciones razonables a lo que se le contesta. Sabe hablar en castellano, prefiere hacerse entender por medio de su sobrino José Antonio Curipanguí (por contracción este apellido se pronuncia Curipan; quiere decir: «león negro»).

El cacique Curipáu-Treulen, tuvo la idea de este solemne acto y le ha cabido la honra y satisfacción de verlo efectuado sin tropiezos, mediante a sus activas gestiones y a la entusiasta acogida que encontró entre sus vecinos Juan Catriel-Rain, Mauricio Hueitra y Tadeo Millanguin, caciques principales de Trailafquén, Ancacomoe y Panguipulli, respectivamente.

Quince mocetones de Coz-Coz se ocuparon durante veinte días más o menos en recorrer más de ochocientas leguas invitando a los caciques araucanos instalados

entre Puralón y la Argentina y Villarrica y Panguipulli, en nombre de su señor, a la «junta» de Coz-Coz y desde el 16 de Enero empezaban a llegar al pintoresco valle los primeros caciques con su escolta de «capitanes», «sargentos», «calfimaleu», «trutrucaman», mocetones y mujeres.

Antes de continuar la relación que me propongo hacer, debo dedicar dos líneas a la persona que me proporcionó la feliz oportunidad de presenciar el importante acto de que me ocupo.

Hace más de cincuenta años que se encuentran establecidos en la Araucanía los misioneros Capuchinos de la Orden Seráfica de San Francisco de Asís.

La obra de estos beneméritos religiosos se está palpando desde mucho tiempo atrás. Si el Gobierno de Chile está intranquilo con los indios araucanos; si los batallones de nuestro ejército no están en continua campaña de montoneras a través de las selvas araucanas peleando rudas batallas con los indios, se debe única y exclusivamente a estos infatigables misioneros que con la cruz y su breviario, como bagaje, se han instalado en el corazón de la altiva tierra de Arauco, soportando todos los rigores de la naturaleza, con el único propósito de llevar al corazón del indio un consuelo, una esperanza de justicia y la idea de que Dios no ha de permitir en otra vida mejor los sufrimientos de la presente.

De ruca en ruca van estos heroicos frailes predicando la doctrina de Cristo: la doctrina de paz, de concordia, de confraternidad. El «amaos los unos a los otros» resuena en la montaña, en el valle, en la cima y en la ruca.

Hay la creencia de que el indio araucano está degenerado y es cobarde. ¡No es cierto! El indio es tímido nada más. El indio es respetuoso a la «ley» que le enseña el misionero. Si no fuera por el «padrecito» que se enojaría con ellos, los indios tomarían inmediata venganza de sus explotadores, de esos hombres inocuos que se instalan cerca de su reducción, para quitarles sus terrenos, para robarles sus animales, para quemarles sus casas. Muchos casos ha conocido el que esto escribe en su largo viaje hasta el parlamento y de ello escribirá más adelante; los que tengan paciencia para llegar hasta el fin de este folleto se horrorizarán con estos actos verdaderamente salvajes cometidos por gente civilizada contra los indígenas. El gobierno y la sociedad chilena ha oído hablar de estos atropellos como quien oye llover, ojalá que estas líneas mal hilvanadas y escritas sólo para dar a conocer someramente la situación actual de la raza araucana, tengan la suerte de ser tomadas en cuenta por nuestros hombres de Gobierno y especialmente el Excmo. Señor Don Pedro Montt, cuyo ilustre padre tanto se preocupó de la cuestión indígena.

Junto con inculcarle al indio el axioma cristiano, los misioneros se constituyen en tenaces defensores de los naturales. Una misión que se instala es el rendez-vous de los que son víctimas de atropellos y de injusticias.

Hace tres años llegó a los solitarios campos de Panguipulli el misionero capuchino Fray Sigifredo de Franenhands enviado a este lugar por sus superiores para instalar una Misión en estos parajes.

Una casa viejísima, situada en terrenos fiscales fue la primera habitación y templo de Panguipulli y por primera vez en estas soledades se oyó el toque de una

campana que anunciaba a los naturales la llegada de un «padrecito» como los que habían conocido en Valdivia, en Villarrica, Purunlon y otras partes.

En el padre Sigifredo y los indios reinó inmediatamente estrecha amistad. Pronto los últimos empezaron a contarle al «padrecito» sus quejas. Joaquín Mera, Engelmeyer, Jaramillo, Peña, la Compañía Ganadera San Martín, etc, etc, violaban diaramente las leyes divinas y humanas contra los naturales; les quemaban sus casas, los correteaban a balazos de sus rucas, etc, etc.

El padre Sigifredo se constituyó inmediatamente en defensor de los indios.

A cada queja que recibía, montaba en su caballo y escoltado por el reclamante se presentaba en casa del culpado. Allí reclamaba en nombre de su protegido; rogaba, suplicaba, insistía, pedía misericordia y protección para el infeliz indígena y a veces, cansado ya, amenazaba con la justicia ordinaria. Se trasladaba en seguida a Valdivia, e interponía la querrela en terna, continuando el trámite judicial con las formalidades debidas.

De esta manera el Padre Sigifredo ha logrado impedir muchas maldades. Naturalmente que los atropelladores odian a muerte al Padre Sigifredo. Sus Enemigos son todos o casi todos los «españoles» de Panguipulli y sus alrededores; pero en cambio, sus amigos del alma, sus hijos son los indios, los infelices, los pobres, los que tienen hambre y sed de justicia ¡Qué honra para él!

Muchas veces han amenazado de muerte al padre Sigifredo. Joaquín Mera, el explotador más genuino de aquellos contornos lo amenazó un día. Iba borracho y se encontró en el camino con el Padre Sigifredo. Lo llamó fraile tal por cual y concluyó con pronosticarle un próximo y violento fin.

El Padre Sigifredo seguía su viaje con toda tranquilidad cuando de repente se vio rodeado por más de veinte indios a caballo que lucían largos y magníficos coligües de un grueso respetable. Ante tan inesperado esfuerzo, Mera y los suyos hubieron de detenerse y volver riendas. Desde entonces los indios no dejan solo al «padrecito» y lo escoltan tres o cuatro, cuando sale de día o de noche a cumplir su ministerio sacerdotal.

Actualmente el padre Sigifredo defiende en el Juzgado de Valdivia innumerables pleitos de indígenas y los defiende con éxito, porque es doctor en derecho en su patria (Baviera). Es miembro de una antigua y respetable familia y a la fecha, tiene 38 años de edad. Su porte distinguido y sus exquisitas maneras, revelan en él al signeur, al gentilhomme.

En uno de los viajes que el padre Sigifredo hace continuamente a Valdivia trabé conocimiento con él, por intermedio de un estimado amigo y colega y al saber que yo era periodista santiaguino, perteneciente a un diario respetable, me hizo la amable invitación al Parlamento Indígena cuya relación me he propuesto hacer sin otro propósito, ya lo he manifestado, que si de dar a conocer someramente el actual estado de la raza araucana y de levantar, en consecuencia, las opiniones erróneas que respecto de su medio de ser, condiciones, conducta y carácter, circulan en la capital y ciudades principales, las cuales opiniones influyen desfavorablemente en el ánimo de los hombres de Gobierno y en la prensa.

II. DE VALDIVIA A PANGUIPULLI

El valle de Coz-Coz está situado a unas cuarenta y cinco leguas al noreste de Valdivia.

El itinerario que sigue a fin de que el viaje sea lo más cómodo posible, dura un día completo, de sol a sol, más unas tres horas del día siguiente.

Nuestra primera jornada fue en tren: desde Valdivia a Quilquil, en la línea de Antihue a Gorbea aprovechando el tren de la combinación al norte.

Saliendo a las siete de la mañana de la estación de Valdivia, se llegará a las 10 y media a Quilquil si Dios y el dichoso tren lo permiten. Los que íbamos al Parlamento éramos tres. Nuestro invitante el Padre Sigifredo, el señor Oluf V. Erlandsen, corresponsal de diarios extranjeros y el que escribe.

En Quilquil nos esperaban tres indios montados con caballos que nosotros debíamos ocupar. Allí vimos la primera prueba de adhesión y respeto que los indios tributaban al Padre Sigifredo. Los tres mocetones se abalanzaron, puede decirse, sobre el «Padre» y le estrecharon la mano como a un camarada. Nos presentaron, montamos y emprendimos la jornada hípica que debía durar hasta las 8 y media de la noche, con término en la Misión de Panguipulli, eso sí que con un intervalo de media hora para almorzar en la Misión de Purulón.

Internándose por el camino hacia al oeste, empieza a notarse la exuberancia del follaje.

Grandes montañas se divisan a lo lejos, medio envueltas en densa y pareja nube de humo: son los roces y quemas que se hacen para limpiar y preparar el terreno para sembrados.

-Aquella montaña tenemos que atravesar nos dice el Padre, y nos muestra una línea negra que apenas se divisa detrás de los primeros cerros.

El calor empieza a apretar de firme lo cual es mal pronóstico para el resto de camino. Únese al calor el polvo sutilísimo que se levanta con el trote de los caballos. Después de una hora de camino la conversación que al principio había surgido quizás animada, ha decaído notablemente.

El camino se ha compuesto un poco con la sombra de los árboles que aún quedan de la corta de aserraderos y roces. La carretera continúa por el espacio de quince minutos a la orilla del río Purulón, ofreciendo al caminante variados panoramas, dignos de ser descritos por artistas de fuste. El río, profundo y tranquilo se desliza encajonado en barrancas de notable altura y va formando caprichosos zig-zag en cuyas esquinas se notan hondas concavidades hechas por la furia de la corriente invierno.

Una hora aún de camino, y llegamos a la misión de Purulón un poco después de medio día, atravesando antes el río del mismo nombre.

El padre Francisco de Luxemburgo, misionero de Purulón, nos recibió con todo cariño, como si hubiéramos sido antiguos amigos. Bajando de los caballos y después de un par de minutos, nos invitó a almorzar en el modesto refectorio del convento. Acompañan al Padre Francisco, dos hermanos legos, uno carpintero y otro cocinero y ambos, junto con el misionero, profesores, inspectores, y «tutti quanti» del internado indígena de Purulón.

Esta misión mantiene cerca de cincuenta niños mapuches, a los cuales da vestuario, alimentación, hospedaje, cama e instrucción, completamente gratuita.

Miento! Como las finanzas de la Misión andaban aliquebradas y aquello no podía continuar, el paternal Gobierno de Chile le concedió a los capuchinos misioneros, después de un largo y concienzudo informe del Ministro de Hacienda, respecto de la situación en que quedaría el erario nacional, la gran subvención de quince pesos anuales por cada mapuchito que mantuvieran interno.

De manera que el R.P. de Luxemburgo recibe anualmente setecientos cincuenta pesos de subvención y con todo esto viste, da de comer y paga el lavado a cincuenta pensionistas...

El Padre Francisco destina también su sueldo al internado y con esto tiene gran alivio...

Los treinta pesos mensuales que gana el Padre salvan la situación económica de la misión de Purulón.

Tal vez para darle inversión al superávit del internado, es que el Rvdo. Padre Francisco ha hecho construir por el hermano carpintero dos nuevas salas para agrandar su colegio, recibiendo desde el primero de marzo hasta ochenta niños....

Si esto no fuera ridículo, con solo enunciarlo se prestaría para las amargas recriminaciones. ¿De esta manera quiere el fisco civilizar la Araucanía? ¿De esta manera se cumple el pacto que el Gobierno hizo con los araucanos cuando estos se sometieron a su protectorado?.

Sin embargo se gastan grandes sumas de dinero cuya inversión objeta hasta el tribunal de Cuentas, que es cuanto se puede decir!

Antes de la una montamos de nuevo a caballo y picamos hacia la larga jornada de Panguipulli.

A un cuarto de hora de la misión fuimos detenidos por un indio montado en un caballo y nada mal trajeado. Como el padre Sigifredo se había quedado un poco atrás, preguntó en mapuche a los indios que nos acompañaban, si éramos nosotros los caballeros de Santiago que acompañábamos al Padre. A la respuesta afirmativa nos habló en español y nos dijo que su señor el cacique de Purulón, deseaba hablarme. Dio un grito, habló dos o tres palabras en su idioma y un minuto después apareció por entre unas matas por las cuales yo no hubiera sospechado pasada, el cacique anunciado, seguido de tres mocetones. Iba montado en un magnífico caballo enjaezado con riendas de grandes argollas de plata. La montura estaba tapada con un paño negro ribeteado de cordones lacres y borlas en las esquinas. El cacique calzaba botas negras, espuela pisoteada, chiripa de paño ribeteada de lacre, plató, chaleco, camisa planchada y sombrero guarapón de paño; todo el traje negro nuevo. No era un indio descamisado y salvaje; no era un miserable, un degenerado, era el primer personaje más importante que se nos presentaba.

Los demás indios que lo acompañaban tampoco iban rotos como yo había visto algunos en las ciudades. Luego en la Araucanía quedaban todavía tipos que no desmerecían de los araucanos de Ercilla...

El indio se llevó de la mano al sombrero y habló un minuto con el mocetón que nos había detenido.

Cuando terminó el cacique, el lenguaraz nos dijo que su señor Francisco Huichalaf, cacique de Purulón, sabedor de que nosotros en compañía de «Padrecito de Panguipulli» pasaríamos por sus tierras para asistir al Parlamento del día siguiente, habías salido al camino para darnos la bienvenida en su nombre

y en el de toda su reducción. Deseaba que en nuestras familias no hubiera novedad y que no tuviéramos contratiempo en nuestras casas, sobre mientras anduviéramos fuera de ella. El estaba muy contento con la venida del padre Sigifredo y de nosotros, porque así podríamos decir en Santiago la verdad de lo que viéramos. Por último nos convidaba a su casa a comer un asado.

Le correspondimos debidamente su saludo y atención y le agregamos que hubiéramos tenido mucho gusto en aceptar su convite si no acabábamos de almorzar en la misión.

Expresó él su sentimiento por nuestra excusa y renovó sus votos por nuestro feliz viaje, agregando que él amanecería con su gente en Coz-Coz para asistir al parlamento.

Nos dio la mano afectuosamente y nos separamos.

Toda esta conversación fue sostenida por el cacique Huichalaf, no como quien habla con una persona de mayor categoría que él, sino con toda dignidad, con entereza como cuando se trata a un huésped digno del dueño de casa, a quien se le hacen atenciones porque se está a la recíproca.

Seguimos nuestro viaje y poco a poco, caminando a ratos por la orilla del hermoso Purulón nos vamos internando en la montaña. El polvo no nos deja y para aliviarnos algo, tenemos que colocarnos pañuelos sobre la boca y respirar a través del lienzo.

La flora araucana se nos presenta cada vez más rica.

Una planta nos llama la atención por la hermosura de su hoja, tendrá a lo menos un metro de largo por unos setenta centímetros de ancho y es de la forma de una hoja de higuera.

Los juncos silvestres con su encipiente hermosa flor blanca y amarilla invaden las partes bajas y pantanosas y las orillas del río donde no hay tarranca cortada a pico. La fuxia está en abundancia con sus cuatro hojillas lacres dobladas hacia afuera que descubren el hermoso cáliz blanco. Quilas, canelos, maquis y una variedad de arbustos ocupan, apretados, los pequeños retazos de tierra que dejan los robles seculares, que impertérritos se alzan hasta sacudir las nubes con sus verdísimas copas.

En algunas partes no vemos cielo; vamos bajo un techo de follaje tan espeso que sólo de cuando en cuando, durante unos minutos avistamos un «cachito de cielo» gracias a que el viento aparta las copas de los árboles.

Hemos atravesado tres veces el río Purulón que ya ha perdido su nombre: El Padre Sigifredo nos dice que tenemos que atravesarlo cuatro veces más, antes de llegar. En cada atravesada que le hacemos, lo encontramos más bajo y ello es natural.

A medida que avanzamos, nuestra escolta va aumentando. Llevamos por los menos treinta indios hasta la mitad del camino.

Aparecen detrás de una mata, de improviso saludan con el sombrero y se colocan en el grupo.

Llegamos a una parte de la montaña tal vez la más preciosa; todo lo que se ve son coigües de dos a tres metros de diámetro cubiertos alrededor por todo tipo de enredaderas de yedra y de copigües, cuya flor empieza a colorear entre la verdura. De cuando en cuando altísimas matas de helechos se destacan imponentes con sus ramas en forma de palmas gigantescas.

El aspecto de esa selva es grandioso. ¡Allí! Se recoge el espíritu y por la fuerza tiene que elevarse hacia el creador y reconocer su omnipotencia!

Se viene también a la memoria el empuje titánico de los primeros españoles, sus sufrimientos, sus angustias en medio de estas montañas, verdaderos laberintos en los cuales estaban con la vida en un hilo, expuestos en cualquier momento a ser destruidos por los araucanos.

A intervalos se oye el canto o graznido de los pájaros silvestres.

Los «pitius» y «cucucus» alternan sus cantos extraños con los carpinteros y pequeños, que cruzan su vuelo entre los árboles más cercanos a nuestro paso.

-Estamos cerca de Panguinilahue (paso de león) nos dice un indio. Por aquí hay muchos leones que se roban el ganado.

Hace como un mes, continuó el indio, los mocetones de Panguinilahue cazaron un león.

- ¿De que manera, pregunté, con bala?

-No, señor. Los indios armaron un guachi con una oveja y cuando ya iba a llevársela lo acorralaron con lanzas y con lazos. El león se encaramó entonces a aquel ***mait'en que se divisa allí y al cabo de dos horas empezó a llorar y a gemir.

***Los indios creen que cuando el león llora ya se entrega y entonces empezaron a picanearlo con las lanzas hasta que lo mataron.

Ese león había hecho muchos robos.

-¿ Y al hombre no lo ataca?

-No, señor; a los caballos los ataca de preferencia.

Después de atravesar una pampa pequeña entramos en un bosque de coligües, el camino parece un túnel por la forma; es una verdadera arquería de cañas.

Antes de estar desarrollado el coligüe es como un arbusto; hecha mucha rama y una flor blanca que es el semillero. El coligüe ya desarrollado mide diez a quince metros y alcanza un grueso respetable: dos o tres pulgadas.

Ya va cayendo la tarde y las sombras empiezan a invadir la montaña.

Apretábamos cinchas y picamos el último galope. Son más de las 7 y media.

Me olvidaba decir que desde Purulón nos acompañaba el padre Miguel, joven misionero llegado a Chile hace un año y que iba a Panguipulli a bendecir el nuevo templo, ceremonia que se efectuaría el domingo 20, fiesta de San Sebastián, Patrono de la Misión.

Durante todo el camino el Padre Miguel hizo derroche de gracia y de talento, con frases y dichos ingeniosos y oportunos.

Por fin llegamos, de noche ya, a la Misión de Panguipulli, donde debíamos alojar. En el comedor de la portería nos esperaban los padres y hermanos.

Los indios se despidieron de nosotros prometiéndonos venir a buscarnos al día siguiente a las 8 de la mañana, para conducirnos al parlamento.

III. LA MISION DE PANGUIPULLI

Rendidos como estábamos con el viaje, el señor Enladsen y yo pedimos para retirarnos apenas hubimos cenado a la ligera.

Con el toque de las nueve estábamos en nuestras piezas, ya en descanso.

Uno de mis sueños más felices ha sido sin disputa el de la noche de mi llegada a Panguipulli.

Acostumbrado a la vida santiaguina según la cual se vive buena parte de la noche, por fuerza tiene el individuo que levantarse tarde, contra todas las reglas de la higiene.

A pesar del cansancio, del día anterior yo estaba de pie a las 6 de la mañana, perfectamente repuesto de las fatigas, con el sueño reparador.

Salí a recorrer los alrededores de la Misión cuidando de andar con todo tiento, pues no sentía ningún ruido...

Apenas salí al patio, vi a los padres y hermanos que volvían de oír misa en el templo. El Padre Sigifredo se había levantado a las cuatro, según me dijo. Después supe que, para aprovechar un propio o correo, había estado escribiendo cartas hasta las once de la noche...

Había dormido cinco horas, después de la jornada del día anterior. Empezó el Padre Sigifredo por mostrarme el templo. Es amplio y bien construído y cabrán cómodamente doscientas personas. Desde los cimientos a la torre, ha sido construido por los hermanos legos de la misión. La casa anexa es de dos pisos, hecha especialmente para instalar el Internado Indígena, en las mismas condiciones que el de Purulón.

Este año en Marzo se abrirá el establecimiento.

Los hermanos continúan trabajando con vigor para dejar lista la casa antes de esta fecha, a fin de hacer la recogida de mapuchitos que ya empiezan a ser matriculados.

Sin embargo, en estos años pasados los padres han dado educación a algunos indiecitos, entre ellos a dos hijas del cacique Principal de Traifafquén, Juan Catriel Rain, hoy cacique jefe.

Francisco y Manuel, así se llaman los hijos del cacique son jóvenes de diez y seis y catorce años respectivamente, saben leer y escribir, correctamente el último. Francisco, el mayor, se ha querido dedicar más al trabajo manual: su oficio es carpintero y su maestro, el hermano lego. En cambio a Manuel le gusta el estudio. Ayuda misa, canta y pronuncia el latín y el castellano sin dificultades.

La misión posee cerca de cuarenta hectáreas de terreno, de las cuales los padres trabajan en la agricultura las que necesita para su sustento y las demás las destinan al pastoreo de unos cuantos animales que tienen para el servicio.

La regla de los capuchinos, según entiendo, no les permite emplear sus quehaceres domésticos a personas de fuera; por lo tanto todos los servicios, cocina, lavado, costura, agricultura, etc., etc., están a cargo de los hermanos, que se deslizan por los pasadizos y corredores envueltos en los burdos hábitos a veces resguardados por un delantal, con una perenne sonrisa en los labios que es su compañera inseparable.

El Padre Sigifredo ha levantado la Misión a costa de muchos sacrificios.

Personas caritativas le han ayudado con su ábalo desde Santiago, Valdivia y desde su patria. El gobierno le dio también dos mil pesos.

-Yo quisiera que me los diera otra vez este año, nos dijo el Padre, porque sólo así saldría de unas deudas grandes que he adquirido. Pero me temo mucho que el terremoto me haya perjudicado a tanta distancia.

La Misión está situada en una preciosa altura que domina gran parte del lago Panguipulli. La vista es espléndida; cuatro volcanes destacan sus nevadas cumbres en el horizonte, siendo el más hermoso de todos el Villarrica. En los días en que estuvimos en Panguipulli, no pudimos gozar de ese espectáculo, porque la atmósfera estaba completamente cubierta de humo. Las quemas de roces y el consiguiente incendio de bosques arrojaban en gran cantidad el humo espeso que tapaba por completo el horizonte e impedía ver con claridad a dos cuadras de distancia.

Estábamos con mi respetable cicerone cerca del camino y sentimos gran tropel de caballos. Eran caciques y mocetones de algunas reducciones que galopaban a banderas desplegadas hacia Coz-Coz. Nos saludaron sobre la marcha y siguieron al galope. Hasta ese momento mis ideas sobre los araucanos habían cambiado mucho. No veía a eso indios corrompidos y degenerados de que tantas veces nos han escrito algunos cronistas. Todos los naturales que hasta ese momento veía eran hombres fuertes, útiles.

-Usted me dará algunos detalles, padre, le dije, respecto a la vida íntima de los indios y sobre todo de los atropellos que sufren.

-Con todo gusto, me respondió. Yo quiero que usted conozca a los indios en su vida íntima, en un acto importante como este Parlamento, por un número y por una calidad de los caciques que se juntarán. Usted sólo se formará su juicio sobre esta raza y cuando ya sepa a qué atenerse respecto a ella, yo le daré a usted todos los datos que necesite y ojalá que usted como el primer periodista que se ha internado en estas selvas araucanas en ejercicio de su profesión, alcance el honor de ser oído por los hombres de las alturas.

-No confíe mucho, padre, no confíe. Por lo mismo que estoy en el oficio sé que si no se opera un milagro patente a los periodistas no nos hacen caso.

IV. HACIA EL VALLE DE COZ-COZ

Con puntualidad militar estaban en la Misión a las 8 de mañana esperándonos para acompañarnos a la «junta» cerca de treinta indios, que tenían recibida de sus respectivos caciques esa comisión.

Montamos, y con tan numerosa y escogida escolta emprendimos la marcha que debía durar, a buen paso y galope un par de horas. Durante el viaje, el Padre Sigifredo nos fue señalando varias posesiones indígenas.

Alrededor de la ruca se ven campos sembrados de trigo, maíz, papas y otras legumbres, todas en orden como la mejor chacra. Los corrales para el ganado tienen buenos cercos.

Las manadas de ovejas, numerosas algunas, pastan en las faldas de los cerros, custodiadas por perros. Animales vacunos y cabalares pacen por todas partes. Es una zona eminentemente agrícola la que atravesamos. Todas son posiciones indígenas.

Lo único que afea, puede decirse así, es la ruca.

Vamos a pasar frente a una casa de madera de madera y zinc que está en construcción.

-¿Esa casa es de algún «español»? preguntó al Padre.

-¡ Ah no! esa casa es de Manuel Aillapán, hermano de un cacique de Panguipulli. Es la primera casita de madera y zinc que fabrica un indio en esta región.

Si en vez del rancho desvencijado y sucio que se llama ruca hubiera en su lugar una casa de madera con techo de zinc, como la que he apuntado, y como son la generalidad de las construcciones de la región austral, el aspecto de esta tierra sería otro, más imponente, más alegre; sería el ideal soñado por un gran filósofo moderno, según el cual el cultivo de la tierra ha de ser el único medio por y para el cual el hombre se proporcione comodidades.

Pero ya tendremos oportunidad de hablar de esto más adelante.

Una pequeña cabalgata divisamos venir por nuestro camino. Alguien nos dice que son indios de Coz-Coz que vienen a encontrarnos.

Efectivamente; es un mocetón intérprete y «sargento» de la reducción de Coz-Coz que viene a darnos la bienvenida en nombre de su señor Manuel Curipán-Treulén, dueño de casa, como quien dice, y organizador del parlamento.

-Manda a decir mi tío el cacique de Coz-Coz que les desea muchas felicidades y que hayan llegado buenos y que sus familias hayan quedado buenas y que no tengan novedad y que usted se encuentre bien y que pasen no mas al parlamento que nosotros sabemos que ustedes no quieren mal para nosotros.

Y como el indio llevara trenzas de no terminar tan luego su discurso, el Padre Sigifredo le dijo:

-Los caballeros agradecen la atención del cacique y luego se lo dirán personalmente.

Con el mensajero de Curipán, venían tres indios que traían sendas «trutruacas».

Son estos unos instrumentos hechos de un (palo) de metro de largo por un centímetro de ancho en la parte superior y hasta dos centímetros y medio en la parte inferior.

A este palo se le hace un agujero que empieza en una punta y termina en la otra.

En la parte inferior se le hace un agregado o tejido con la hoja de un árbol cuyo nombre no recuerdo, el cual agregado le da la forma de la campana de cualquier instrumento de metal.

La parte superior se adapta a los labios «trutrucaman» y el instrumento de voces tan caras y sonoras como las cornetas del ejército.

Las trutruacas tienen la forma de una trompeta antigua, exactamente, pero son de poca duración; cada año o cada dos años a lo sumo, el cacique tiene que hacer su provisión de trutruacas para la reducción.

Mensajero y «trutrucaman» formaron en la comitiva y se siguió el camino.

Llegamos a una planicie bastante pintoresca.

En esta planicie, nos dice el Padre Sigifredo debieron haber tenido los españoles algún establecimiento importante. Vean ustedes las disposiciones de estos fosos ya casi completamente tapados y luego este levantamiento del terreno en la orilla de la zanja que encierra todo este pedazo. Yo creo que esto ha sido un fuerte.

He preguntado a indios muy viejos pero no han sabido darme respuesta. Esto mismo me confirma que son obra de los primeros españoles.

Pasamos al estero, el Coz-Coz, y sentimos detrás de nosotros potentes toques de trutruacas; verdaderos clarines tocados por pulmones vigorosos. El toque, o mejor dicho la música tan o más rara que la de los ebinos, a cuya fiesta anual había yo asistido en el Club de la calle de la Bandera.

Los toques de los araucanos son casi marchas militares bien tocadas; y esto que pudiera parecer una exageración o más francamente, una mentira, tiene su explicación sencillísima.

Hay muchos indios que han hecho su servicio militar y allí han aprendido modos y maneras que transmiten enseguida a sus compañeros.

Los toques de corneta se han aprendido de la misma manera y hay reducciones, como las de Coz-Coz, Nihual, Panguipulli, Trilafquen y otras, que ya no usan trutruacas, sino completamente trompetas de metal, iguales a las del Ejército.

Este pequeño detalle a la ligera apuntado, probará que los indios araucanos no son refractarios a la civilización y que al contrario, ellos la desean; más aún: la buscan a su costa.

Los toques que sentíamos anunciaban a los del Parlamento que ya nosotros habíamos entrado a Coz-Coz.

Inmediatamente se sintió a lo lejos un concierto de cornetas o trutruacas cuyos toques repercutiendo en la montaña formaron una audición que tenía mucho de imponente.

Entre tanto ascendíamos una pequeña cuesta y así como de repente, a la vuelta de un cerrillo, nos encontramos con el deseado Valle de Coz-Coz en cuya demanda habíamos salido el día anterior a las 7 de la mañana.

V. EL VALLE DE COZ-COZ

Recostada en la falda de la montaña y rodeado de altos y seculares árboles y de profundas quebradas, se extiende la pequeña planicie que los araucanos llaman valle de Coz-Coz. Ese lugar está consagrado, digámoslo así, para las «juntas» que anualmente celebran los indios de esa reducción

El sitio es pintoresco y está situado casi en () del camino y en un paraje que todavía está en el corazón de la montaña, lejos relativamente bajo la innegable autoridad del cacique Manuel Curipán Treulén, señor de Coz-Coz.

En un extremo está el «Trahuen» con el manzano de los sacrificios al centro.

Se llama «trahuen» al redondel o circo en el cual bailan las parejas después de cada sacrificio que se ofrece a «nechen», dios.

El manzano no lo puede tocar nadie, ni para aprovechar de la fruta. Las manzanas, cuando caen, pueden ser recogidas solamente por los «Calfimalén» y ésta a su vez puede obsequiarlas a las niñas de su edad.

La «Calfimalen» es una niña de diez a quince años de edad, soltera por supuesto, que va siempre junta con la bandera de la reducción y mientras que dura en su puesto es altamente respetada por hombres y mujeres; es el culto que los araucanos rinden a la inocencia.

Cuando la «Calfimalen» cumple los quince años, la casan con algún hijo de cacique o joven « ulnmen« noble, de la reducción y entonces el cacique elige otra niña en su reemplazo.

El manzano, pues, está al cuidado de todos los indios de la reducción y nadie osaría tocarlo a ningún precio para hacerle daño.

Al rededor del «trahuén» en las «juntas» se construyen ramadas para las mujeres y niños.

Cada reducción al llegar al campamento, da tres vueltas al «trahueén» a caballo, en medio de gritos, toques de trutruacas, cornetas y pifilcas. Es el saludo. En seguida se bajan del caballo hombres y mujeres y mientras estas se saludan con las otras que ya están instaladas, los hombres se van al monte a cortar fagina para hacer las ramadas o tiendas de sus mujeres.

En pocos minutos están de vuelta. La construcción de la «casa» queda a cargo de las mujeres y el cacique, capitán, calfimalén, sargento y mocetones se dirigen a saludar al dueño de casa que, al oír los gritos y toques que han anunciado la llegada de una reducción, se coloca a la sombra de un árbol cuya designación indígena siento no recordar.

El cacique recién llegado se baja del caballo y se dirige donde el dueño de casa; se dan la mano y empieza un largo discurso de saludo.

En este discurso se hacen votos de felicidad de cada uno de los miembros de la familia del dueño de casa y se les nombra; recuerda el forastero los detalles más insignificantes de la casa de su huésped y se interesa por que el caballo tal y el toro cual no se enfermen y estén buenos para el trabajo.

Durante este discurso el cacique se interrumpe de vez en cuando para lanzar un grito a buena voz, dirigido a su gente que está a caballo.

Este grito es algo así como llamándoles la atención hacia sus palabras, para que no se distraigan y participen y lo acompañen en la salutación que dirige al dueño

de casa. A ese grito responden todos los mocetones con otro igual que resuena más vigorosamente, toda vez que es lanzado por una cantidad de hombres.

Terminada la salutación, el dueño de casa y el forastero montan a caballo y se dirigen al «trahuén». Los dos caciques, el «capitán» o abanderado y la calfimalén, avanzan hasta el manzano, mientras las mujeres y los hombres de la reducción se organizan por parejas para el baile. La calfimalén toma una gallina blanca viva, que ha traído consigo, la abre con un cuchillo y le saca el corazón, frente a ambos caciques; rocía el manzano con la sangre y enseguida hecha el corazón y los hígados al fuego.

Este es el momento en que el cacique dueño de casa le agradece en corto discurso el sacrificio que en su honor se ha hecho y mientras que las parejas han empezado el baile a la voz de «purumán» dada la calfimalén, los caciques se separan.

El baile de los araucanos es monótono: Bailan en parejas de hombre y mujer tomados de la mano, eso sí que las parejas se buscan y tuvo la ocasión de observar que, por mucha monotonía que tenga el baile, por sus figuras sin gracia y sin arte, no es de ninguna manera monótono para las parejas que aprovechan de lo lindo de la ocasión para un flirteo de miradas y de sonrisas complementarias.

En varias ocasiones ha nombrado a «capitanes» y «sargentos» sin explicar qué cargos son estos.

Capitán es el abanderado y el que cuida directamente a la calfimalén.

Cuando el cacique monta a caballo el capitán se pone inmediatamente delante de él, junto con la calfimalén que va también en caballo aparte. No tiene otro oficio que llevar la bandera e ir adelante de su reducción.

El sargento es el que imparte las órdenes del cacique a los mocetones. Tiene atribuciones para guardar el orden y hacerse obedecer, imponiendo castigos si es necesario, siempre de acuerdo con el cacique.

El «trutrucamán» o corneta, obedece al sargento. El capitán obedece al cacique. Sargento y capitán son independientes entre sí.

Las mujeres reciben las órdenes del cacique por medio del la calfimalén o del sargento.

Durante una junta, que puede ser «guillatum» rogativas al dios (nechen) para el éxito de una cosa o «machitun» cuando se trata de ahuyentar al espíritu malo (huecufu), los hombres toman poca parte en la fiesta, propiamente dicha. Fuera de los saludos y presentaciones de las que no se conocen, los hombres se limitan a mirar la fiesta desde el caballo un momento y enseguida se retiran a descansar o conversar bajo los árboles, donde beben «muday» especie de limonada o bebida fabricada con maíz, papas, trigo y otras legumbres.

Esta bebida la usan inmediatamente de hecha; de modo que como no alcanza a fermentar no tiene alcohol y pueden beber grandes cantidades sin temor a los efectos de la embriaguez.

Durante las fiestas del parlamento de Coz-Coz, en un número mayor a dos mil indígenas, no vi ningún borracho, a pesar de tratarse de fiestas nacionales, digamos así, en las que hasta los civilizados se suelen propasar y necesitan leyes como la de Alcoholes, que tampoco cumplen.

Y aquí tenemos desvirtuado otro de los cargos que se hacen a los araucanos. El de borrachos.

Ya hemos visto que no hay tal.

Los indios que se emborrachan son los que viven cerca de las tiendas o despechos que instalan los «españoles» en tierras araucanas.

Pero estos indios, puede decirse que no se emborrachan: los emborrachan los civilizadores; las sociedades colonizadoras como la San Martín que está instalada por estas regiones, y particulares como Engelmeyer, Fritz y otros que hacen pingüe negocio vendiendo pañuelos y trapos y chucherías por precios exorbitantes e inculcándole al indio el gusto por el alcohol. Sin embargo, son relativamente pocos los indios que acuden de modo propio a beber a estas tabernas disfrazadas y para no acudir allí, tienen otra razón poderosa: el odio y el temor que tienen a los dueños de esas pulperías por las tropelías de que los hacen víctimas, prevalidos del ascendiente moral que tienen sobre los naturales, que los hace ser desvergonzados y cínicos en la comisión de los delitos.

Cuando llegamos al valle, presentaba éste un golpe de vista soberbio. Todos los indios estaban montados y agrupados cerca del «trahuén» cuyo manzano estaba rodeado con las banderas de las reducciones.

Los sargentos cruzaban al galope el campo impartiendo las órdenes de los caciques y los trutrucamán continuaban impasibles sus toques empezados cuando nosotros entramos a Coz-Coz.

Más de dos mil indios, todos montados, esperaban las órdenes de sus caciques para organizarse en columnas por reducciones, para darnos la bienvenida.

Tan pronto como no vio, avanzó hacia nosotros el cacique de Coz-Coz, Curipán Treulén, y nos saludó ceremoniosamente y nos presentó a su hijo y heredero con el cual conversamos en seguida, porque el viejo es sordo.

Este viejo es de la cepa antigua; no ha querido abandonar sus usos y costumbres y por lo tanto no usa sombrero ni botas ni menos pantalón. Usa chiripa y poncho y la hermosa cabellera gris la somete con el antiguo «trarilonco» o sea la cinta lacre con que se ve a los indios en las fotografías. Tampoco se ha querido bautizar y lo que es doctrina cristiana no la entiende ni la oye; sin perjuicio de que el Padre Sigifredo, de quien es grande amigo, tenga en su reducción toda clase de facilidades para catequizar a los indios. Su hijo y heredero es bautizado y se llama Manuel Curipán Treulén.

Hecho el saludo por el dueño de casa, los indios se organizaron en seguida por reducciones, con su cacique, capitán, calfimalén y sargento a la cabeza e hicieron un desfile delante de nosotros, que lo presenciábamos en compañía de Treulén desde el boldo donde debía reunirse el Parlamento.

Durante un cuarto de hora estuvimos mirando desfilar las reducciones con sus toques de corneta y trutruca. Al enfrentarnos lanzaban un grito, destemplado algunas veces, que era acompañado del saludo con que nos brindaba el cacique.

¿Cuántas reducciones pasaron? No podría recordarlo. Los principales eran más de veinte y cada una de éstas tiene diez o más caciques tributarios.

De todos los indios que vimos, el cinco por ciento y aún menos andarían mal vestidos y desaseados, los demás vestían con toda decencia, ya fuera pantalón o chiripa, poncho de tejido indígena y de colores chillones con grandes flecos, botas y sombrero guarapón de paño.

Los caciques, capitanes y sargentos se distinguían por la limpieza de su traje, así mismo por el lujo de los arreos de la cabalgadura.

El cacique Hueitra, de Ancacomoe, montaba un rico caballo negro azabache con riendas y cabezadas de argollas de plata. La montura y estriberas tenían adornos del mismo metal y al lado derecho de la cabeza, el caballo ostentaba un pom-pom de plumas lacres.

El aspecto general de esta reunión no tenía nada de salvaje, de degenerado: era una reunión de ciudadanos que tenía mucho de imponente. Terminado el desfile, los caciques se desmontaron, y empezaron a reunirse junto al boldo, mientras que los mocetones hacían una gran rueda alrededor.

VI. EL PARLAMENTO

Nosotros habíamos preguntado ya en qué idioma iban a hablar los caciques y se nos había contestado lo que ya sospechábamos con anterioridad: iban a hablar en mapuche. Poca esperanza teníamos de saber que iban a decir y cómo se expresarían, lo que para nosotros tenía el mayor interés.

En esta emergencia recurrimos a José Antonio Curipán, sobrino del cacique de Coz-Coz, mozo de unos veintisiete años, vivo y de no escasa ilustración, para que nos sirviera de intérprete.

José Antonio se excusó cuanto pudo, diciendo que si él entendía perfectamente araucano, no se encontraba capaz de traducirlo con fidelidad y ligereza al castellano, como requerían las circunstancias y que por lo tanto creía él que no podría desempeñar bien la comisión que nosotros deseábamos encomendarle.

Quiso que no, lo obligamos a hacernos ese servicio y mediante él podemos estampar algo de lo que se habló en el Parlamento, previniendo que hemos tratado en lo posible de guardar la forma de lenguaje empleado por los oradores, que, entre paréntesis, fueron muchísimos más de los que aparecerán aquí.

Hicieron los caciques un gran óvalo, uno de cuyos extremos se apoyaba en el boldo donde Manuel Curipán Treulén estaba con su padre. El silencio se hizo tan pronto como Curipán levantó la voz y dijo:

«Peñi cacique (hermanos caciques) Hemos querido mi padre y yo que haya en Coz-Coz una junta grande, para que vinieran los caciques a parlamentar, porque hace mucho tiempo que no se hablan ellos de lo que les pasa en sus reducciones con los «huincas» que nos quieren quitar la tierra que ha sido siempre de nosotros.

Ei!!

Ei!! Responden todos en un grito largo.

«Bueno; entonces mi padre me dijo: manda a los mocetones que vayan a todas las reducciones que puedan alcanzar en quince días de ida y vuelta y que les digan a los caciques que vengan a Coz-Coz a parlamentar, para que sepan todos los mapuches lo que les pasa a sus hermanos y vean ellos lo que harán, para que todos nos amparemos Ei!!

«Aquí en Coz-Coz Joaquín Mera le ha quitado la tierra a tres indias hijas de la Nieves Aiñamco, después que la mató. El juez lo soltó después que lo tuvo preso; entonces Mera vino a quemarle la casa a la Antonia Vera, hija de la Nieves.

El gobierno no hace justicia a los indios, porque los indios son pobres y así dice Joaquín Mera que él hace lo que quiere porque tiene plata.

Ei!!»

Varios caciques hablan a la vez afirmando la veracidad de lo dicho por el orador.

«Mi padre ha tenido que recoger a la Antonia Vera, que era antes la mayor de Pinco, porque ahora Joaquín Mera se ha agarrado todo el fundo. El gobierno no puede tener ley para que Mera haga esto.

«Bueno; entonces los caciques ancianos que han venido a parlamentar digan que haremos los araucanos para que el Gobierno ampare a los mapuches y podamos estar tranquilos en la tierra que es nuestra. Los mapuches más alentados digan también qué haremos para que no se rían de nosotros.

Ei!!»

He aquí la síntesis del discurso del cacique de Coz-Coz.

Cuando terminó el orador, los caciques empezaron a discutir entre sí y nuestro intérprete no pudo hilar esa discusión.

Por fin, se levantó uno, alzó la mano y empezó:

«Peñi mapuche. Es el cacique de Quilche, Lorenzo Carileu.

«Hermanos mapuches: hace mucho tiempo que nosotros estamos sufriendo los atropellos de los españoles, sin que jamás hayamos tenido justicia del Gobierno; y de esto nosotros mucha culpa, porque vivimos tan apartes unos de otros y porque nunca se nos ocurre unirnos para que así se nos respete.

«Una vez Rafael Mera me hizo un cerco en Quilche; quería quitarme un retazo de tierra en que yo tenía un manzanal. Un mocetón me avisó luego y yo fui más tarde con quince mocetones e hice pedazos el cerco. Ei!

«Dos días después Mera Levantó otra vez el cerco y yo volví a hacerlo pedazos y me llevé las varas a Pehual hasta bien lejos.

«Después me fui a Santiago y hablé con el presidente, el caballero Germán Riesco; de ahí me mandaron donde otro caballero y éste me dio un papel y me dijo que lo guardara y si alguna vez me atropellaban que enseñara el papel

«Bueno, yo tenía el papel bien guardado y una vez Rafael Mera me encontró en el camino y me dijo que me iba a quitar con los gendarmes el terreno. Yo saqué el papel, se lo echó al bolsillo, le pico al caballo y arrancó; yo le seguí pero él se juntó con unos mozos y me amenazó con el revólver si yo lo seguía. Me dijo que no entregaba más el papel. Ei!!

«Desde entonces no lo he podido encontrar nunca solo. Ahora me quiere quitar otros terrenos y no me deja trabajar. Si nosotros los mapuches quisiéramos nos haríamos respetar muy bien Ei!!

«Ya hemos visto que para nosotros los naturales no hay justicia. Vamos a Valdivia, allá estamos diez, quince días sin poder hablar con nadie porque todos dicen que somos unos cargosos.

Y al último cuando reclamamos, por más buena voluntad que tenga el caballero protector de indígenas o Promotor Fiscal, todo queda en nada en el juzgado. Nos piden testigos, llevamos los testigos, pagamos intérpretes, fuera de lo que hay que pagarle al secretario y al último dicen que nuestros testigos no sirven. Ni pagando encontramos justicia nosotros.

«Ramón Jaramillo me ha quitado muchos terrenos; me mató dos mocetones, me ha quitado animales; ha sembrado barbechos míos; me ha quemado cercos y roces ¿Qué le han hecho? Si hubiera sido un natural, entonces sí que lo habrían tomado preso y lo habrían azotado!

«Bueno; aquí hay ancianos que digan lo qué debemos hacer los mapuches, para que nos dejen trabajar tranquilos nuestra tierra. Ei!

Reucan Nehuel, cacique de Chalupén, se pone de pie y con voz sonora y acento enérgico, dice «Sí, sí; que digan un remedio para esta situación; nosotros estamos quedando cada día más pobres, porque nos roban los españoles y ellos tienen armas y a nosotros no nos permiten ni machete; los gendarmes nos lo quitan. Si nosotros tuviéramos armas no nos robarían los animales. Debemos pedir al Gobierno que nos devuelvan nuestra tierra- Mai! Mai!

Naguilef Noncon, cacique de Liongahue: «Cuando hablaron de guerra con la Argentina, todos nosotros y hasta los ancianos nos presentamos al Gobierno para

pelear por Chile y ahora el Gobierno no nos hace caso. Que nos dé siquiera una orden para defendernos nosotros mismos y no necesitamos más; porque si nosotros les hacemos algo a los españoles, ellos van a Valdivia y vuelven con los gendarmes a tomar preso al indio. Ei!

Juan Cheuquehuala, cacique de Antilhue impone silencio, pues la discusión se ha hecho general y todos hablan a veces sin entenderse.

«Yo estoy viviendo tranquilo en Antilhue, con toda mi gente, porque no he dejado que me quiten mis terrenos. Muchas veces Romualdo García me ha querido quitar la tierra en varias partes y yo con mi gente nos hemos puesto firmes. Cuando se han perdido animales, hemos ido a buscarlos a los potreros de Romualdo García y los hemos encontrando allí y él ha visto que es inútil todo lo que haga para que yo me aburra y le deje la tierra. Toda mi gente es buena y obediente y lo que yo mando lo hace inmediatamente. Yo creo que si todos los mapuches vivieran así como yo, ningún español se animaría a atropellarnos. Si hubiera un cacique mayor al que todos obedecieran, el cacique haría respetar a todos los indios, así como yo hago respetar a todos mis mocetones. Nombre un cacique mayor para todas las reducciones que han venido a esta junta. Yo puedo ser el mayor. Todos los indios que hay aquí saben que yo soy cacique principal de Antilhue y que mi padre, mi abuelo y todos mis mayores han sido principales también. Mi familia no ha tenido nunca ninguna falta que haya servido para que hablaran mal de él. Todos hemos sido siempre bien mirados y a nadie le hemos quitado nada. Ei!

«Hemos vivido trabajando toda la vida honestamente, hombres y mujeres y ahora tengo más de trescientas ovejas (quila pataca ofiscia) más de sesente vacas y chanchos. Todos mis mocetones tienen caballo ensillado y mis caciquillos tienen hasta tres y cuatro caballos, y yo también. Tengo plata y soy bien mirado por muchos caballeros y tengo amigos en Valdivia, en San José, en Temuco, en Pitrufulquen y muchas partes más. Yo puedo ser el mayor y yo defenderé a los indios. Ei!»

El discurso de Cheuquehuala fue más largo; por lo menos duró veinte minutos y enumeró todos los méritos que tenía para ser cacique jefe.

Los caciques oían el discurso impasibles; uno que otro caciquillo respondía al Ei! Que lanzaba de cuando en cuando Cheuquehuala, para llamar la atención sobre los recordatorios y títulos.

Los que respondían eran los mocetones de la reducción de Antilhue. Es claro! ***Aprobaban y hacían daqué a las palabras de su jefe. En Arauco y en Chile es igual.

Cuando terminó Chuequehuala, los caciques formaron corrillos y empezaron a hablar fuerte y poco a poco la conversación o discusión se acaloraba. Después de dos minutos la bulla era grande: nadie se entendía, al parecer, pero según nuestro intérprete, esa bulla quería decir que se estaban poniendo de acuerdo....

Un indio avanzó uno pasos al centro y dijo con voz fuerte: ñemen dnum, allquitupeyeñ (voy a hablar, atiéndanme):

El que pedía la atención era José Cheuquefilu, cacique de Cayumapu. Dijo:

«Que haya un cacique mayor, para que hable por todos y nos defienda, es muy bueno. Todas las reducciones deben obedecerle cuando él llame o mande algo; pero ese mayor no puede mandar ni manejar los mocetones ni los animales ni los terrenos de las demás reducciones, porque para eso tiene cada una su cacique.

Cuando él entonces hablará con el cacique que maneja esa reducción. Todos los caciques que están aquí ayudaran al mayor cuando necesite ir a Valdivia o a Santiago y pagarán entre todos el viaje del mayor y del lenguaraz»

-May, May, dijeron todos en coro.

«Bueno, prosiguió el orador;-entonces hay que nombrar un mayor, este mayor tiene que ser bien mirado, y rico y valiente y alentado. Los ancianos pueden hablar y señalarlo. Ei!»

«Ayinque pu peñi (queridos hermanos) se oyó una voz, resuelta y varonil. Era Juan Catriel Rain, cacique principal de Trailafquén.

«Saben que yo he sido para todos los naturales un hermano a donde han ido siempre a buscar amparo. Yo he tenido mi ruca para ustedes y la comida que han necesitado la han tenido en su casa. Plata les he dado al que ha necesitado y nunca negué a un mapuche un favor. También le he dado buenos consejos al que me los pedía y si se les han perdido animales mis mocetones han estado listos para ayudarles a buscar.

« Yo he ido a Santiago para hablar con el presidente dos veces y las dos veces me ha ido bien y me han atendido y los reclamos que hemos hecho los han oído. Es que yo he hablado bien con los caballeros del gobierno y es por eso que me han atendido. Ey! He gastado mucha plata en esos viajes y todo por ustedes, porque yo no he necesitado todavía que me defiendan: pero como tengo plata, animales y buenas siembras no siento gastar. Ei!

Yo soy hijo de Rencanahuekl-rain, el cacique más valiente que ha habido entre ñas mares (los lagos) de Trailafquen, Calafquén y Panguipulli y soy nieto de Nahuelanca que era principal de Pitrufquén hasta Trailafquén. Ei! Mi abuelo y mi bisabuelo Loncomilla, principal de Purulón y Traitraico, pelearon contra los españoles en grandes guerras hasta que los huincas fueron amigos de los indios. En mis posesiones hay cuatro panteones. Ei!«

« Soy rico, soy valiente; a mí no me asusta Joaquín Mera yo pelearía con él si a mí me hiciera algo; he protegido a mis hermanos, siempre sin interés ninguno; yo debo ser el mayor. Ei!

Gran parte de los indios lanzaron una gran voz y empezaron a demostrar su aprobación haciendo sonar las pifilcas que es un palo hueco como un flautín; que se hace sonar soplando por una punta como en una llave. Ei! Ei! Mai, Mai, Catriel cacique gritaban entusiasmados.

Un indio viejo, alto, vigoroso aún, tuerto del derecho, de melena casi blanca, labios contraídos y gruesos, feo en general, pero imponente, se levantó con tranquilo continente, paseó las mirada por los circundantes mientras recogía sus gran poncho sobre los hombros y con voz entera y tono autoritario dijo:

Ñi allquimn! (óiganme). El silencio fue casi simultáneo al mandato.

Mauricio Hueitra, principal de Ancacomoe y cacique de gran prestigio y ascendiente sobre los mapuches, empezó de esta manera:

«Mucho han parlamentado en esta junta contando lo que les han hecho los huincas y pidiendo que los ancianos digan lo que se ha de hacer para que alguna vez los naturales queden tranquilos en sus posesiones. Bueno. Ahora yo voy a decirles lo que piensan los ancianos y esto han de hacer. Está bien que haya un mayor que hable por todos y que sea valiente y rico y alentado.

Siempre ha habido entre los mapuches un mayor; pero desde mucho tiempo que no se reconoce. ¡Mayor soy yo! Mi padre fue el mayor de siete reducciones que pelearon con Epulef en Villarrica contra los españoles, hasta que se acabaron las guerras, cuando los huincas nos prometieron ser nuestros amigos. Yo soy ahora mayor de esas reducciones, anciano soy (fichan) y eso, obedézcanme, también soy rico. Yo no puedo quedar a las órdenes de otro más joven que yo; a mí siempre me han respetado y mis reducciones son obedientes. Otros caciques serán más ricos que yo, pero no son ancianos y los mapuches deben acordarse de que sus padres y sus abuelos han obedecido siempre a los ancianos. Los caballeros le hacen más caso a un anciano que a un joven porque los jóvenes no tienen experiencia y hacen las cosas mal hechas. Yo, como anciano, debo ser el mayor. Ei!

Ei! Ei! Mai cacique Hueitra! Gritaron muchos que se aprestaban a continuar las demostraciones; pero la presencia de Catriel, que se para de nuevo, apaga los gritos y hace rápido silencio.

Avanza hacia Hueitra y dícele, dirigiéndose también a los ancianos que gesticulaban en su contra:

«Nosotros respetamos y obedecemos a los ancianos; esa es la ley de los mapuches; pero ahora no se trata de no obedecerles. Todos los caciques tienen siempre la misma autoridad sobre sus mocetones, mujeres y animales. El mayor que debe elegirse es para que trabaje y defienda a los naturales sin meterse a mandar en las reducciones. El mayor tiene que ser joven porque habrá mucho que hacer; tendrá que ir a Valdivia, a Santiago y a otras partes, montar a caballo a cualquier hora para salir a defender a los indios cuando quieran echarlos de sus terrenos o quitarles sus animales, o quemarles sus casas; un anciano no podrá hacer esto; todos los respetamos, si; ahora lo que queremos es un mayor valiente, rico y alentado. Yo quiero ser mayor, porque soy valiente, rico y tengo amigos que me ayudarán a conseguir mucho en favor de los naturales. Tengo buenos amigos en Santiago. Nada tendrán que decir los ancianos de mí, ni de mi familia. Ellos conocieron a mi padre y a mis abuelos, que fueron principales.

Hueitra. -Nadie te dice que no eres valiente, rico y alentado ni que tu familia no ha sido principal; peor eres muy joven y yo soy más viejo y no te obedeceré porque no puedo dejar que me mandes.

Catriel. -Yo no voy a mandarte ni a tus mocetones ni animales tampoco. Si necesito que me ayudes, hablaré contigo a la buena para que me acompañes si tú necesitas algo también te ayudaré.

Sigue la discusión entre Hueitra y Catriel, por el mismo estilo y en ella toman parte, a voces, los partidarios de ambos contendientes, pues ya se han diseñado en el parlamento estas dos únicas candidaturas.

Juan Cheuquehuela, el primero que lanzó su candidatura, se dio por derrotado ante los méritos de Catriel y ahora lo apoya.

Cesáreo Antinahuel, cacique de una reducción que no recordamos, que también había pretendido la jefatura, fue francamente rechazado por todos. Según nos pareció -porque nuestro intérprete no nos dio detalles- le echaron en cara ciertos actos que había ejecutado contra los indígenas en compañía de unos «españoles».

También fue rechazado, o mejor dicho, poco y mal trabajada candidatura del cacique de Panguipulli Camilo Aillapán.

La discusión se hizo general en corrillos grandes y pequeños; algunos montaban a caballo y hablaban desde allí, para dominar los tumultos.

Hubo un momento en que creímos que el parlamento había concluido a capazos, como cualquier sesión municipal; todos se amontonaban o circulaban por cualquier parte.

El óvalo que habían formado al principio ya no existía y por más que exigíamos a nuestro intérprete algunos detalles, se excusaba con justicia, por la imposibilidad absoluta en que estaba de recoger siquiera una opinión.

El Padre Sigifredo dijo que era inútil esperar que se pusieran de acuerdo. Hueitra no cedía y Catriel no llevaba inclinaciones de soltar la cuerda. Ambos tenían numerosos partidarios que discutían a su vez tratando de convencerse mutuamente.

El sistema de votación, con el cual hubieran podido dilucidarse, no lo entenderían y si lo conocieran no satisfecería a los vencidos.

Invitamos al padre Sigifredo a comer un asado, que debía ser nuestro almuerzo, pues era ya más de la una de la tarde y nos retiramos de la reunión dejando a los caciques enfrascados en el pandemónium de su discusión a gritos.

Nos fuimos como a una cuadra de distancia, debajo de unos árboles tupidos de ramaje, que ofrecían una sombra bienhechora; al frente, como a media cuadra, teníamos el «trahuén» que se veía solitario, por cuanto los hombres estaban casi todos en el parlamento y las mujeres se habían metido debajo de las ramadas, a dormir, conversar o descansar.

Desde nuestro «comedor» sentíamos la bulla y gritos de los parlamentarios. A veces amainaba un poco, durante algunos momentos, lo cual nos hacía creer que había algún acuerdo; pero luego oíamos un coro de voces que subía y subía de tono hasta alcanzar las proporciones de coro a grito pelado. Nuestro espíritu pasaba en esos instantes por una cantidad de impresiones distintas, y hubo momentos en que, reconociendo nuestra deficiencia, deseamos ser, en vez de modestos corresponsales de diario, escritores de la talla de Amieis, o Poe para describir con precisión y con talento tanta escena, tanto detalle digno de ser transmitido y conservado para el futuro.

En el corazón de la selva araucana se renovaban, después de años o de siglos esas escenas borrasiescas* provocadas por la rudimentaria concepción del derecho de supremacía. Con esas escenas los araucanos ponían en evidencia el espíritu de absoluta independencia que ha dominado en todo tiempo a los habitantes de la selva. En esos momentos veíamos el carácter indomable de los araucanos de Ercilla!

¡Y en el calor de la discusión, se olvidaban tal vez de que la patria araucana ya no existe! Y de que el jefe que eligieran no empuñaría el hacha de combate para llevarlos a estrellar sus pechos valeros contra las bruñidas armas del huinca!

Se olvidaban tal vez de que ellos, dueños y señores de la selva que un día hicieron temblar al león de España, han sido perseguidos, robados y asesinados, no en campales batallas, sino mientras un Gobierno les cubre los ojos y les ata las manos con un mentido protectorado!

Nosotros habíamos dejado a José Antonio Curipán, nuestro intérprete, en el «hupiñ» (local del parlamento), a fin de que nos avisase cualquier ocurrencia; de modo que esperábamos su aviso para volver en el momento que hubiera alguna novedad.

Después que hubimos almorzado, estuvimos todavía una media hora de sobremesa. Mejor diríamos que la «sobrebauca» que tal fue nuestro comedor. Fuimos en seguida a visitar el «trahuén» pero no nos fue dado penetrar al circo; un sargento nos dijo que los españoles no podían hacerlo. Anduvimos, sin embargo, alrededor y pudimos mirarlo todo, que no era mucho.

El padre Sigifredo se excusó de acompañarnos; después nos dijo que él tenía prohibido a los indios que hicieran fiestas en el «trahuén» con sacrificios de animales, por cuanto era ésta una costumbre bárbara e idólatra y que, por lo tanto, se recataba de presentarse al rededor del «trahuén» para que los indios recordaran que era malo y que a Dios no le gustaban esos sacrificios.

Vimos un grupo de jóvenes indias ricamente ataviadas, que estaban sentadas debajo de una ramada, conversando y celebrando sus palabras con risas frescas y prolongadas.

Una instantánea de ese grupo habría tenido mucho valor.

Cuando nos vieron, callaron todas; nos miraban, cuchicheaban entre ellas y se reían debajo de sus iquilla (capas). Les hablamos dos o tres palabras y no dieron muestras de habernos entendido. Hicimos plancha.

Un tanto cohibidos nos detuvimos a mirarlas; había tipos verdaderamente interesantes. Una hija del cacique Calfinahuel tiene los ojos verdes y el pelo castaño, en vez de negro como la generalidad. Sus hermanas tienen el mismo tipo. Una hija del cacique Camilo Aillapan de Panguipulli es un hermoso tipo de morena: facciones finas, cutis sonrosado, cara ovalada, ojos negrísimos y grandes y pelo azabache. Se llama Amalia. Respecto a esta familia Aillapañ hay una hermosa historia pasional que alguna vez he de escribir.

Nos retiramos del la ramada algo corridos, porque las indias no cesaban en su cuchicheo y risas frescachonas. ¡Quizás les parecíamos unos tipos!

Debajo de las demás ramadas había más grupos que nos miraban con curiosidad. Algunas mujeres dormían, con sus hijos completamente desnudos entre los brazos; por todas partes, y sobre pellejos sucios, en desorden, se ven mujeres que conversan, dormitan o dan de mamar a sus pequeñuelos; a su lado están las ollas y platos y cucharas recién usados, asadores de palo, fuentes de greda de forma característica y demás utensilios de cocina. Sobre estacas hay trapos ennegrecidos por el uso, alforjas de tela o cuero llenas de «mantención»; colgadas de los horcones se ven palanganas, carnes muertas, cueros frescos; y amarrados al pie, corderos vivos y gallinas y patos que fatigados por el calor sofocante se guarecen debajo de las ramadas, asando, echando en medio de las mujeres y chiquillos que duermen. Más allá sobre un ***sao de víveres y tiestos de uso doméstico, un montón de ropas, chiripas, ponchos, chamales, paños, etc., todo revuelto en el más completo desorden, sin la menor noción de la higiene en un hacinamiento puerco de personas, animales y objetos de limpias y sucias destinaciones.

Recorrimos esas ramadas casi a la carrera; ni el aspecto ni el olor convidaba a observarlas.

El «trahuén» así visto, debiera desaparecer.

Caminábamos hacia donde el Padre Sigifredo que había aprovechado nuestra ausencia para rezar su breviario, cuando oímos una algazara en dirección del «huepín»; trutruucas, pifilcas y cornetas, empezaron un concierto con toques de marchas ligeras o dianas. Los gritos agudos, algunos las voces, llenaban el espacio y repetían vigorosamente en las montañas y valles vecinos.

Las banderas se agitan; los gritos y vivas son cada vez más fuertes, más sonoros; el entusiasmo ya en delirio. Viva Catriel Cacique! resuena en todas partes, ocho o diez indios han formado una rueda a caballo y como si el mundo no existiera para ellos, con la continuación y el recogimiento que pudiera dar solamente el cumplimiento de una obligación ineludible, forman un coro para lanzar gritos estridentes que ponen en conmoción al sistema nervioso. Ei! Ei! Huiiii!! gritan al unísono, lanzando la voz al agudo con toda la fuerza de sus pulmones.

La diversidad de tono en que lanzan esa voz forma tan descomunal concierto, que los caballos se alborotan y relinchan asustados.

Nosotros nos trasladamos inmediatamente al boldo; cuando llegamos, Catriel y Hueitra, con el sombrero quitado, estaban tomados de la mano, rodeados de todos los caciques, que se habían estrechado formando un grupo compacto.

Hueitra hablaba y decía: «No se te olvide que yo he querido que seas mayor aunque eres joven».

«Acuérdate que son muchas las obligaciones que tú mismo te has buscado y todas esas obligaciones tienes que cumplirlas, si quieres que tus hermanos te respeten y que los ancianos te den la mano. Trabaja por que los naturales vivan tranquilos, por que no les quiten sus tierras ni sus animales y por que les devuelvan las tierras que les han quitado. No te pongas orgulloso por que eres mayor; acuérdate que tú también eres mapuche y que si mandas es porque los ancianos lo han querido».

«Defiende a tus hermanos; eres valiente, eres rico, tienes amigos en el Gobierno y allí puedes conseguir algo para nosotros. No te olvides que el mejor amigo que tenemos entre los españoles es el «padrecito». El da buenos consejos, porque conoce a los españoles; él nos defiende a todos nosotros y él no quita terrenos ni animales. Fuera de él no te confíes en ningún huinca. Si te portas bien, todos los ancianos te ayudaremos en todo lo que pidas y acuérdate que Hueitra fue el que quizo que seas mayor. Ei!»

Ei! Gritaron los caciques.

Catriel dijo: -«Ei! los ancianos han querido que yo sea mayor y por eso soy; no olvidaré que mi obligación es defender a mis hermanos y por eso he querido ser mayor. Hueitra habría podido porque es valiente, rico y anciano, pero ahora se necesita un joven. Los ancianos me darán consejos. Ei!»

Catriel llamó a su sargento y lo mandó a buscar el toro amarillo que el nuevo toqui o mayor como dicen ahora -debe sacrificar a nechen (dios) y entre tanto pidió silencio. La bolina infernal que los indios habían continuado, a cada momento con nuevos bríos, paró en pocos segundos.

Los caciques volvieron a formar el óvalo con que empezaron el Parlamento y Catriel, colocándose al lado de Curipán Treulén, presidente de la reunión, dijo, alzando la voz para ser oído por todos:

Ayinke pu peñi: (queridos hermanos) : Ya sabéis que los caciques todos, ancianos y jóvenes me han señalado y reconocido como mayor después de haber parlamentado largo rato.

«Vosotros sabéis también que siempre he sido amigo y defensor de todos los mapuches; ahora mejor los defenderé, puesto que es mi obligación. Tan pronto como tenga tiempo, mandaré al Gobierno un escrito diciéndole lo que han hecho con nosotros los huincas y el Gobierno deberá oírnos. Después veremos lo que habrá que hacer, yo tengo amigos y ellos y el padrecito me dirán cómo lo haré. Si hay necesidad iré a Santiago y hablaré con el Presidente. Cuando he ido otras veces me ha ido bien Ei!

«Yo les pido a todos los mapuches que sean obedientes; que respeten a su cacique y a los caciques les pido que cuando yo necesite algo y lo pida me atiendan luego y que sigan los consejos que yo les daré. Así podremos conseguir algo, cuando vean que estamos unidos. Ei!

«Cada vez que un indio sea atropellado por un español le avisará a su cacique; entonces el cacique verá si puede hacerse respetar. Si no puede, entonces me avisaran a mí y yo saldré con gente que pediré a los caciques, e iré a defender al indio.

«Cuando un indio se porte mal su cacique lo castigará. Ningún mapuche venda ni arriende su terreno a los españoles, porque eso sirve para que el huinca viva cerca de nosotros y empiece a robarnos. Ningún indio debe hacer negocios con españoles, sin consultar a su cacique, al padrecito o a mí. Ei! Ei! Viva cacique Catriel!

Los gritos se renuevan con el mismo furor que al principio. Los cacique se dirigen a sus caballos para ponerse al frente de su reducción y organizar el desfile, que es el primer acto de reconocimiento público y oficial, diremos, del nuevo jefe.

El parlamento ha terminado.

VII. DESFILE, SACRIFICIO Y BAILE

Los sargentos imparten las órdenes atravesando el campo a galope tendido. Los caciques se han retirado casi todos, para encabezar sus reducciones, y el cacique jefe acompañado de su capitán abanderado, de Curipán Treulén el viejo, del padre Sigifredo, del señor Erladsen y del que esto escribe, se coloca, a caballo, a la sombra del boldo para presenciar el desfile.

La columna se ha formado como a dos cuadras de distancia. Se divisa flamear las banderas.

Las cornetas no tocan.

Aprovechamos la circunstancia para interrogar a Catriel respecto de la elección y de su triunfo. Catriel se sonríe. Habla apenas el castellano y a media lengua nos dice:

-Me ha costado mucho, pero no aflojé. Yo quería ser mayor porque estaba seguro de que si era otro, no trabajaría nada por los indios.

Sentimos las cornetas que empiezan sus toques alegres y marciales y vemos venir la columna a galope y en medio de una nube de polvo.

Vienen adelante cuatro «trutrucaman» con sendas trutruucas de más de tres metros de largo.

Estos instrumentos suenan como un contrabajo.

Detrás de estas cuatro trutruucas vienen cuatro cornetas, dos de metal y dos de madera (trutruucas cortas), tocando cada cual por su cuenta.

En seguida el cacique heredero, bandera y reducción de Coz-Coz, con un grupo de ocho o diez «pifilcaman» (tocadores de pifilcas.)

Enfrentan al cacique jefe y lanzan un grito que más parece alarido, al mismo tiempo que el cacique saluda con el sombrero y la bandera se bate a ambos lados.

Pasan a todo galope y sin detenerse.

Después de Coz-Coz pasa Trailafquen, reducción del jefe; los indios de esta reducción están que no caben en sí mismos de alegría y al pasar frente a su jefe, se entregan a una tanda de gritos y de vivas ensordecedores. Trailafquén no continúa detrás de Coz-Coz, sino que da vuelta, al boldo, y se coloca haciendo escolta a Catriel; de modo que detrás de nosotros se forma un concierto de pifilcas y de cornetas y trutruucas que no hay más que oír.

Continúa Ancacomoe, con Hueitra a la cabeza.

El cacique va montado en un soberbio caballo negro y ofrece un aspecto imponente. Pasa al galope, se quita el sombrero y su gente, más de ciento entre mocetones y caciques, lanzan el grito de reglamento. La pasada de Hueitra y su gente, provocó un justo aplauso de nuestra parte. Todos los indios iban bien montados y bien vestidos. Se habían formado en hileras de a cuatro y presentaban el aspecto de una escuadra de caballería.

Panguipulli, Huitag, Pucura, Malalhue, Palehue, Cayumapu, Antilhue, Huenumaihue, Purulón, Quilche, etc., desfilaron con todo orden puede decirse. De algunas reducciones, al pasar se disparataban tiros de revólver. La cosa era meter harta bulla.

Por lo que hace a la reducción de Trailafquén, que teníamos de escolta, los «trutrucaman» y «pifilcaman» continuaban su desconcierto con un fervor a prueba de pulmones.

Por fin desfiló la última reducción y detrás de ella partió Catriel con los suyos. Iban al «trahuén» a sacrificar el toro amarillo que el jefe había mandado a buscar.

Todas las reducciones habían rodeado el «trahuén». Las mujeres estaban sentadas debajo de sus ramadas, con todos sus atavíos y joyas de plata, esperando el momento en que fueran llamadas o sacadas al baile.

En una estaca, al lado del manzano sagrado, estaba amarrado el toro esperando su hora. El fuego ardía, recién reavivado y a través de las llamas se veían las paredes del hoyo enrojecidas por el fuego permanente.

La llegada de Catriel se conoció por el silencio que se hizo. Los instrumentos callaron.

Catriel avanzó hasta el manzano y cogió el cordel con que estaba amarrado el animal; lo llevó hasta cerca del fuego, y allí, en un momento, ayudado de un sargento, *(pag 61) pincharon el toro por las cuatro patas y lo botaron al suelo, fijando fuertemente las amarras a los troncos y estacas a fin de que la víctima no se moviera.

El sargento y la calfimalen de Coz-Coz eran las señales y los mocetones sacan a las indias para el baile.

Catriel se ha quitado el paletó y subídose las mangas de la camisa; toma un puñal que le entrega un viejo y se acerca a la víctima; le pone una rodilla sobre el cuello y le entierra el puñal en el vientre haciéndole un tajo largo hasta el pecho. Las tripas e intestinos se vacían y el animal muge y quiere mover las patas, pero las amarras no lo dejan.

El sacrificador hunde sus manos en el cuerpo del toro y revuelve las vísceras para encontrar el corazón. Varias veces retira sus manos ensangrentadas; por fin encuentra la víscera buscada y de varios tirones, rasgando las carnes vivas, la arranca y la muestra palpitante a la concurrencia, que prorrumpen en un grito. Ei!

En seguida, llevando el corazón con ambas manos y sujetándolo, porque salta como queriendo escapar a esa barbarie, se acerca al tronco del manzano, destila allí la sangre rociando con ella todo el tronco y en seguida arroja el pedazo de carne que contenía una vida, la medio del fuego.

Siéntese el chisporroteo por un momento y en seguida el olor a carne quemada.

La calfimalen grita con voz infantil golpeando el «cunchun» (1) (kultrun): Puruman! Puruman! Y las parejas se lanzan al baile al son de pifilcas, trutruacas y cornetas y en medio de los gritos de aprobación de los concurrentes.

Ha concluido el sacrificio del jefe y mientras Catriel se lava las manos como Pilatos, excusándose tal vez interiormente con la costumbre que le obliga a hacer algo que a él mismo le repugna, nosotros pensamos que tiene razón el padre Sigifredo al prohibir a los indios que tomen parte en esas costumbres tan idólatras como bárbaras y repugnantas.

El baile se anima y las parejas tomadas de la mano procuran seguir el compás que marca la calfimalen con el cunchun y que siguen a su manera los bailarines, con los pies y las pifilcas.

La posición de las parejas es igual a la del «pase del quatre», con la diferencia de que los indios bailan casi pisándoles los talones; el paso del baile es un pequeño salto hacia delante, con un pie primero y después con el otro, el pie que no ha saltado se afirma de punta cerca del talón contrario. Y eso no es todo; no hay otra figura, a lo menos en lo que yo ví.

En este baile se pasan horas y a todo rayo de sol. Las parejas que se cansan se retiran del circo y se incorporan otras que esperan lugar, sin que la danza se perturbe.

La calfimalen y el sargento son los bastoneros.

Los araucanos son poco galantes, si he de juzgarlos por una escena que presencié; había una muchacha que no había entrado al baile, ya sea por falta de pareja o porque no había querido acompañar a otros jóvenes.

En mitad del baile llegó un mocetón a caballo y al verla sentada se desmontó y fue a solicitar su compañía. La muchacha le dijo que no bailaba, o cosa parecida y entonces él la tomo de un brazo, le dio dos o tres tirones y le arrastró hacia la rueda donde siguieron haciendo piruetas con toda tranquilidad.

Pregunté en seguida si ambos jóvenes tenían algún parentesco y un viejo me contestó que no, sin darme más explicaciones.

Durante el baile las parejas se prestan a un interesante estudio para un espíritu observador.

Siento no ser yo quien pueda hacer ese estudio de psicología araucana.

Hay mujeres, sobre todo las niñas, que toman lo del baile tan a lo serio, que en su rostro y en sus maneras demuestran la profunda emoción que sienten al encontrarse en el circo, al lado de un hombre joven, sintiendo y el contacto y la presión intencionada de su mano.

Puede verse durante el baile, que más de una pareja se abandona a un placer que ellas mismas no podrían definir, con su talento sin cultivo, se ve a través de los ojos velados de las jóvenes que también en sus almas salvajes germina el amor, que sienten su influencia avasalladora y que la costumbre bárbara de vender el padre a sus hijas no cuenta en muchos casos con el asentimiento de la vendida.

Me contaba, a propósito de esto, el padre Sigifredo, que no hacía mucho tiempo había ocurrido en Huenúi un drama pasional cuya protagonista -la india Llanquetrae, hija del cacique- podía figurar como heroína de cualquier novelista por entregas. Pretendía a la india el mocetón Pañloneo y ofreció al padre hasta dos toros, tres vacas y un caballo ensillado. El padre de sabedor de que su hija no quería casarse -diremos así- con Pañloneo, se resistía a venderla, pero dádivas quebrantaban peñas y tanto ofreció y cumplió el galán que obtuvo del padre el ansiado consentimiento.

Llegó la noche señalada para el rapto y como es costumbre, el novio llegó con numerosos cortejo de amigos y rodeó la ruca donde dormía la codiciada Llanquetrae. Al son de las pifilcas el padre abrió la puerta de la ruca para dar paso al galán y a sus amigos que debían apoderarse violentamente de la novia y llevarla con grande algazara a la ruca del novio.

El padre señaló el rincón y los pellejos donde descansaba Llanquetrae y los recién llegados se acercaron, esperando encontrarla lista con todos sus atavíos; pero la joven india no estaba allí: sin que nadie la notara en la ruca, había huido hacia el bosque escapando de un matrimonio que ella no aceptaba. Al día siguiente se la encontró ahorcada, colgada de un coigüe. Entre una vida de sacrificio, unida a un hombre que no quería y una muerte violenta, había preferido lo último.

Este hecho consternó a los indios de esas reducciones. Pañlonco abandonó su ruca y animales y se fue a Argentina a «rodar tierra».

El baile continúa impertérrito, sin parar mientras que pronto será de noche. Catriel y su reducción se ha retirado, despidiéndose, antes, de nosotros y prometiéndonos que al día siguiente irá a vernos a la Misión, pues desea consultarnos detenidamente. Sin tiempo para despedirnos de nadie, pues ya obscurecía, nos volvimos a Panguipulli, escoltados hasta mitad de camino por más de cien indios, que de cuando en cuando lanzaban gritos de ¡viva Cafalleru! Que ya nos tenían sin tímpanos.

Llegamos a la Misión después de las 8 de la noche, y encontramos a los hermanos que terminaban de rezar sus oraciones, para ir a la cena frugal del refectorio.

(1). «Cunchun»: el autor se refiere al kultrun, instrumento musical sagrado de los mapuches, Meza los describe así: «Especie de pandereta que se toca con un palo».

VIII. UN RATO DE CHARLA

-¿Están ustedes muy cansados? Nos preguntó amablemente nuestro querido anfitrión, una vez que hubimos terminado la cena que nos esperaba.

A nuestra respuesta negativa, el Padre nos propuso que aprovecháramos la placidez de la noche, para dar un paseo por los corredores, y así veríamos un espectáculo que seguramente nos llamaría la atención.

Nosotros deseábamos a nuestra vez, conversar detenidamente con nuestro abnegado misionero. Nuestro espíritu estaba tan impresionado con lo que habíamos visto en todo ese día, que nuestras ideas respecto a los araucanos tenían todas las faces del prisma: los encontrábamos grandes y bajos; bárbaros y espirituales; atletas y degenerados; víctimas y victimarios; admirables y repugnantes. Sus hábitos y costumbres íntimas nos incitaban a alejarnos, a abandonarlos, como si nuestro abandono fuera suficiente para que se concluyera la raza; pero sus sufrimientos actuales, los vejámenes que soportan, el ambiente de injusta ignominia que los rodea, como si se tratara de bárbaros peligrosos, esa atmósfera cruel e inhumana que les han hecho a los araucanos sus mismos explotadores, tan audaces como cínicos; la carencia casi absoluta de noticias ciertas de lo que pasa en la selva entre el civilizado y el civilizando; el error en que vive la sociedad chilena respecto a la verdadera condición del mapuche, y la ignorancia general que existe en lo que con los araucanos se relaciona, nos convence de que debemos cumplir nuestros deberes de periodistas sin escatimar sacrificios, exponiéndonos al ***anatema de algunos poderosos que en su lucha por el dinero acuden a los medios que el Código castiga con el patíbulo o con cadena perpetua...

La esterilidad de nuestra obra la sospechamos de antemano; aún más: en un país como Chile, donde todos y cada uno miramos con supremo estoicismo todo aquello que no acarrea perjuicio material inmediato a nuestras personas, será un hecho anormal que el gobierno se preocupe de los gravísimos denuncios que en estas páginas haremos, apoyados en importantes documentos, que no son bastantes ¡por desgracia! Para producir la prueba plena, pero cuyo mérito podrá evaluar el Gobierno y el público, ante cuyo alto tribunal se ventilará esta causa santa.

El Padre Sigifredo, cuyo talento está a la altura de su abnegación apostólica, al vernos preocupados quiso distraernos, y nos dijo:

Ustedes como periodistas y hombres de letras, deben haber leído el Quo Vadis? del famoso Sezienekewik. Allí, como recordarán, hay una descripción del incendio de Roma, en la cual el autor pone de relieve su talento. Los que leen el libro ven el incendio de la gran ciudad a través de los renglones bien o mal leídos; ustedes van a ver materialmente ese gran incendio.

Pasamos en seguida a un patio amplio, con inclinaciones de potrero, y colocándonos a una pequeña altura miramos hacia donde nos indicó nuestro cicerone.

Era un valle, un bajo, extendido o casi encajonado entre dos mesetas que terminaban violentamente a orillas en un profundo y borrascoso lago Panguipulli.

Todo ese valle poblado de árboles enormes, cubierto de floresta virgen, tapizado

aún con la primitiva alfombra de flores y de fresas con que lo creó la Naturaleza, ardía en una inmensa e indistinguible hoguera.

El resplandor rojizo que arrojaba aquella pira de un par de leguas, se estrellaba contra las inmensas espirales de humo negro como las nubes de invierno y formaba un conjunto grandiosamente aterrador, impotentísimo. De cuando en cuando alguna columna de fuego lograba romper la densidad de las nubes de humo y se lanzaba airada y terrible contra el cielo, alumbrado con siniestros árboles la esfera encapotada. Un ruido sordo y prolongado acompañaba a este espectáculo. Es el ruido del tiraje que produce una chimenea colosal.

El calor de la columna de fuego produce su efecto, y las nubes más bajas arrojan su líquido elemento sobre la hoguera, con lo cual la llama aminora; pero ha logrado también abrir brecha más arriba, por donde aparece un pedazo de cielo, cubierto de estrellas, cuya placidez, en las alturas, contrastan poderosamente con el huracán desenfrenado que reina en el abismo.

Es la imprecación de Mefistófeles a los cielos: impotente, pero grandiosa !

-Hace cinco días que está ardiendo me dice el Padre. Yo anoche lo vi, pero no quise decíselos a ustedes, por no quitarles descanso.

-Diga, Padre, ¿cómo es que se incendian estos bosques sin destino alguno? ¿Quién es el dueño de ese bosque incendiado?

-Ese bosque es fiscal, y se ha incendiado porque un vecino quemó un roce que tenía hecho para siembra, y el fuego se comunicó a la montaña. Debo prevenirles que hay leyes que reglamentan las quemas de roces en los campos de la Araucanía; pero en estas selvas esa ley y muchas otras no se cumplen. Por que aquí impera el capricho y la abundancia. El derecho no existe.

El libertinaje es el señor, y de él nacen la violencia y el asesinato. En los dos años que yo estoy en esta selva, se han cometido varios asesinatos de indios, que se han quedado impunes, a pesar de saberse quienes son los autores o instigadores. De robos no tengo cuenta. Sé y puedo de que antes que llegara a establecerse en el lago Panguipulli la Compañía Ganadera San Martín, los indios de estos alrededores vivían tranquilos, felices en su vida patriarcal y primitiva. Tenían sus canoas con las cuales cruzaban el lago y hacían su comercio sin contrapeso. Nadie robaba a nadie, porque los indios de una misma reducción no se roban.

Todo fue a establecerse la Compañía en estos sitios, para que cambiara inmediatamente la vida.

No sé quien robó primero a quién; pero siento el hecho de que los indios y la Compañía se quejaban de que eran robados, y entre ambas entidades se estableció la tirantez que actualmente existe. La Compañía trajo un vapor, a costa de grandes sacrificios, y lo armó en el lago.

Este Vapor, obedeciendo órdenes del señor Fernando Camino, gerente de la Compañía, hechó a pique o apresó todas las canoas de los indios y los redujo a la impotencia. Hoy no se ve en el lago ni una sola embarcación indígena, y los naturales tienen que rodearlo a pie cuando necesitan ir de un punto a otro. El vapor les pide un pasaje cuyo valor no pueden cubrir.

A esta tirantez de relaciones contribuye el hecho de que los empleados de la San Martín amenacen a tiros, por cualquier futilidad, a los indios, y los hagan creer que ellos disponen de la justicia y de la gendarmería en apoyo de todo lo que hagan, porque tienen plata y porque los indios no la tienen.

El indio, ignorante como es, cree efectivamente que es así, y su odio lo dirige al que cree directamente culpable, es decir al que tiene plata y un revólver a la cintura. De aquí viene principalmente el odio que los indios tienen a los «franceses». Yo he evitado muchos choques, alguno de los cuales pudo haber sido sangriento. Cuando asesinaron en el lago al cacique Millanguir y su hijo, los indios se enfurecieron, y varias veces los hermanos de la Misión hubieron de apaciguarlos. Querían asaltar el despacho y tienda de la Compañía, quemar la casa y castigar al presunto asesino, que era el capitán del vapor, de apellido Lange. Mañana sabrá usted de boca de los mismos indios la incidencia a que dio origen ese doble y alevoso asesinato de dos personas a quienes los indios consideraban y respetaban altamente. Tadeo Millanguir, hermano y tío de la víctimas, vendrá mañana a hablar con ustedes. Bueno: este asesinato, cometido hace seis o siete meses, ha quedado completamente impune.

El que se le quite a un indio su terreno a pedazos, distribuyendo sus cercos y haciéndole otros dentro de su propiedad, es corriente, y ya no me sorprende cuando vienen los indios a avisármelo. Joaquín Mera tiene su fundo adquirido y cerrado en esa forma. Poco a poco ha despojado a los indios de Coz-Coz, Panguipulli, Pinco, Calafquén y ha formado ese gran fundo cuyos límites no sabe precisar él mismo.

Joaquín Mera hizo asesinar en su ruca a la india Nieves Aiñamco, cerca de Pinco. El sumario arrojó tal cúmulo de culpabilidad contra Mera, que el juez de Valdivia don Manuel Fco. Frías, no pudo dejar de dictar la orden de prisión en su contra, a pesar de la estrecha amistad que los ligaba. Sucedió lo que se presumía. El sumario se extravió, y el sindicado Mera salió en libertad bajo fianza, después de ocho meses de cárcel.

Las gestiones que se han hecho por los promotores fiscales y por las hijas de la víctima, para que el señor Frías reabra ese sumario, han sido inútiles, aunque parezca mentira. Mañana verá usted a la Antonia Vera Aiñámco, hija de la Nieves, y ella le referirá los hechos.

Podría continuar tan largamente esta conversación, y referirle casos tan horrorosos, como por ejemplo, el incendio que Joaquín Mera mandó hacerle a la india Antonia Vera, mientras ésta, su marido y sus hijos dormían en la ruca.... y cuando los pobres indioo huían asustados y medio asfixiados, los sirvientes de Mera se divertían tirándoles de balazos; pero prefiero que sean los mismos indios los que les refieran a Uds. sus penas. Ellos son más ingenuos; yo me horrorizo también, y tal vez avance opiniones que no debo expresar. Quedan, sí, convencidos de que lo que digan será la verdad, porque yo estaré presente, y no permitiré que el indio diga más de lo efectivamente ha pasado.

Si ustedes gustan, nos vamos al dormitorio, concluyó diciéndonos el padre Sigifredo; necesitan ustedes descansar de las molestias del día.

Obedecimos maquinalmente; íbamos pensando en que el misionero nos quería preparar el ánimo para que entráramos a conocer el canallesco y cobarde proceder de los bandoleros que se han instalado entre los indios, amparados por jueces tolerantes y más ruines que esos mismos bandoleros.

IX. AUDIENCIA DE HORRORES

Al día siguiente, temprano, nos instalamos en el salón del Padre Sigifredo, dispuesto a oír a todos los indios que se presentaran, y como teníamos antecedentes para creer que vendrían muchos, convinimos con el señor Erlandsen en que, para abreviar, los dividiríamos en dos grupos, y cada uno de nosotros oíríamos a una parte y después canjearíamos nuestros apuntes. El señor Oluf Erlandsen ha enviado esos datos a las revistas extranjeras de que es corresponsal.

¡Bueno nos pondrán los ingleses, franceses, españoles y alemanes, cuando lean que esas lindezas suceden en los campos que el Gobierno de Chile ofrece para la colonización!

Como no es posible anotar todos los casos que se nos presentaron, vamos a referirnos solamente a unos cuantos, procurando presentar los casos típicos de las distintas formas en que se les explota, a saber: engañándolos, robándoles, sus terrenos y animales, flagelándolos y asesinandolos.

I. Cómo se les engaña

Naguilef Noncon. -Yo vivo en Llongahue, de donde soy cacique. Hace tiempo que le di permiso, por caridad a Abel Peña para que hiciera una casa en un pedazo de terreno cercano mi ruca, y ahora quiere quitarme todos mis terrenos. Este Abel Peña había perdido un pleito contra el caballero Gerardo Guarda, y vinieron los gendarmes y le quitaron todo lo que tenía, dejándolo a él y su familia en el camino público, sin tener donde dormir. En esa situación, Peña fue a pedirme que le permitiera hacer un rancho para guarecerse mientras encontraba posesión. Yo, al verlo pobre, le dije que hiciera el rancho en un corral que está como a una cuadra de mi casa. De lástima le ayudé hasta con madera para que concluyera luego su rancho. Peña empezó a trabajar el terreno y a hacer barbechos y roces: yo ayudaba con bueyes y herramientas porque veía que él quería trabajar para mantener a su familia. Al año, Abel Peña era otro hombre, y ya tenía una yunta de bueyes, una vaca y varios corderos y gallinas. Bueno. Yo no quería pedirle la posesión, porque el hombre estaba tan agradecido conmigo, que cada vez que me veía, me decía que nunca dejaría de ser mi buen amigo, y que él me pagaría todo lo que había hecho por él.

A un mocetón mío que estaba por casarse, y que me había un pedazo que ocupaba Peña, le di otro terreno, porque no quise molestar a mi buen amigo huinca. Bueno. Una vez, después de dos años, al ver que año por año tenía más y trabajaba más terreno, le dije que me entregara las tierras porque yo también necesitaba para los animales más extensión alrededor de mi ruca, y que no siguiera barbechando ni rozando, porque mis mocetones reclamaban; pues ellos también querían que les dejaran los terrenos suficientes.

-Abel Peña me dijo que cómo iba a dejar el terreno cuando tenía allí tantas mejoras, y que le iba a hacer muchos perjuicios y que le tuviera lástima, y que no tenía dónde irse con su mujer y sus hijas. Él estaría dispuesto a pagar arriendo si yo quería cederle ese pedazo de terreno. Me dijo tantas cosas, que yo accedí en

arrendarle el terreno en cien pesos al año. Lo que Peña tenía trabajando eran veinte cuadras.

Al día siguiente de este convenio, Peña me dijo que iba donde el juez de distrito, Rafael Mera, su pariente. Cuando volvió a los dos días me dijo que fuéramos a Valdivia a firmar una escritura por el arriendo de en que habíamos convenido. Yo fui con mi lenguaraz, porque yo no sé hablar español. Con Peña nos habíamos arreglado, porque él sabe algo en mapuche, y lo que no entendía se lo decía mi lenguaraz. Allá en Valdivia fuimos a la Notaría, y el lenguaraz firmó por mí un papel, que según me dijeron era un contrato. Bueno al año le cobré a Peña el arriendo; entonces él se rió y me dijo que no me debía nada. El vecino Peña había cambiado mucho. Una vez le tiró un balazo a un buey mío porque se le había metido en su potrero. El Buey quedó manco. Otra vez le rompió la cabeza a un indio de mi reducción, porque fue a golpearle la puerta de su casa para darle un recado que mandaba yo. Y muchas cosas más. Cuando me dijo que no me debía nada, tomé la escritura que me habían dado en Valdivia y me vine donde el padre Sigifredo y le conté todo. El padrecito vio la escritura que allí decía que yo Naguilef Noncon, cacique de Llongahue, y mis mocetones nos reconocíamos como inquilinos de Abel Peña, propietario del fundo Calafquen, a donde pertenece mi reducción... Agregaba la escritura que todas las mejoras en siembras, casas y animales las dejaríamos a beneficio del fundo cuando nos fuéramos de allí«.

Abel Peña edificó una casa de zinc bien bonita, en lugar del ranchito que antes tenía. Ahora no me mira, ni me saluda siquiera. A mis mocetones los amenaza y una vez azotó a uno. Hace como dos meses me dijo que me saliera de mi posesión y que me fuera a otra parte, porque necesitaba ese terreno. Yo le respondí que él tenía que irse o pagarme el arriendo convenido. Se rió y me dijo que si se iba, llamaría a los gendarmes para que me echaran. Yo quisiera saber si el gobierno podrá permitir que me echen, cuando hace tiempo que vivo allí. Me han dicho que quiere quemarme la casa, y yo tengo un mocetón para que cuide de noche, para estar tranquilo; yo tengo muchos chiquillos...

-Y no pueden ustedes echar a Peña de donde está? Le preguntamos violentamente al lenguaraz -¿No se atreven hacerse respetar? ¿Son cobardes ustedes? ¿Tienen miedo?

-Ah no señor no tenemos miedo a Peña ni a nadie. Denos usted una orden y vamos al tiro a sacarlo allí y lo dejamos en el mismo camino público de donde lo recogió el cacique.

Cuando el cacique se enteró de nuestras palabras y de la respuesta del lenguaraz, sus ojos se inundaron con una suprema esperanza ¡Creía el pobre que nosotros podíamos darle esa orden y librarlo de la creciente rapiña de un usurpador audaz y desvergonzado!

-Tengan confianza, le dijimos. Puede ser que pronto se les haga justicia.

¿Qué más le íbamos a decir?

Francisco Huichalaf.- Soy cacique de Puralón y tuve un pleito con un vecino por una cuestión de venta de animales. Entonces yo no sabía hablar en español y mi lenguaraz se enfermó mucho. El vecino no se pudo arreglar conmigo porque ninguno de los dos entendíamos hasta que buscamos un lenguaraz y se nos ofreció Francisco Becerra, que era trabajador al día y que sabía hablar mapuche.

Lo aceptamos, y con su intervención pudimos arreglar con el vecino en condiciones que a mí me parecían bien.

Bueno, Becerra me dijo que había que ir a Valdivia a firmar la escritura ante el notario; yo fui con Becerra y él firmó por mí una escritura, diciéndome que era el arreglo con el vecino y nos volvimos.

A las pocas semanas después, Bernardo Cortés, yerno de Becerra, entró a mi fundo Catrico e hizo un cerco llevándome un buen pedazo de barbecho y de buena montaña. Yo reclamé y le dije que porqué me quitaba terreno; entonces él me dijo: ¿No te acuerdas que me vendiste este pedazo? -¿Cuándo te lo he vendido? Le repuse.

-Cuando fuiste a Valdivia con mi suegro pues, me contestó riéndose. Entonces yo fui donde el caballero Luis González, promotor Fiscal de Valdivia y él me dijo que en la escritura había una notaría firmada por Becerra a ruego mío, y en la cual yo vendía a Cortez un gran pedazo de tierra en doscientos pesos que daba por recibido. Le puse pleito, pero hasta ahora no he podido sacarlo de allí en donde ha puesto a un inquilino y se ha hecho fuerte.

-¿Qué haré señor para que me entregue mi terreno?

Un último caso pues hay que dejar espacio para los demás.

Antonio Caniñamco. -Hijo de la india Queupu, viuda del cacique de Pucura, reclama los terrenos de sus padres que están hoy en otro poder (2) de la siguiente manera: hace pocos años la india Queupu vivía en la reducción de su difunto marido con su familia, grande y pequeña respetada en su viudez y defendida por los indios de Pucura que la reconocían como «mayora».

Uno de los vecinos colindantes, cuyo nombre se nos ha extraviado en nuestros apuntes, había hecho muchas tentativas para obtener una buena parte de los terrenos de la cacica pero no había conseguido nada ni con ofertas de dinero, ni con amenazas, ni con violencia de hechos porque los indios se hacían respetar en todo entendido.

La cacica, vieja como era e ignorante además, como debe suponerse, tuvo una necesidad de un poco de añil para teñir unas lanas de tejido. Un poco de añil significa para los indios un viaje bastante largo a la ciudad más cercana, que es San José, si no recordamos mal; y como las relaciones con su vecino español estaban buenas, inmejorables, la india mandó a una mocetón a ver si podía proporcionarle un poco de añil. El obsecuente vecino tomó todo el añil que tenía por casualidad en su casa, una libra más o menos, y acompañado del indio se encaminó hacia Pucura a casa de la india Queupu.

La cacica que vio satisfecho su deseo, que era un capricho de su segunda infancia, no halló qué hacer de agradecida con su generoso amigo y le dijo que pidiera cualquier favor. El español no se quedó corto y le dijo que en pago del añil le diera el terreno que alcanzara a ver desde donde estaba parado. La cacica asintió y el vecino se retiró con sus dos sirvientes que había traído.

A las pocas semanas el vecino tomaba posesión de extensísimos terrenos en Pucura, después de haber rendido, creemos que ante jueces del distrito, informaciones que acreditaban que la cacica Queupu le había vendido sus terrenos por una libra de añil...

Sin otro título que ese el «español» ocupa hoy ese extenso fundo, pues ha lanzado, después de la muerte de Queupu a todos los indios de esa reducción. Antonio Caniñamco, heredero de Queupu, anda herrante de reducción en reducción y no es raro que ya haya emigrado a la Argentina en busca de otra «bandera», como nos dijo, ya que en Chile no hay justicia.

(2) No recordamos el nombre del actual poseedor (cita del autor).

II. Cómo se les roba

Este tema es muy lato. Nosotros llamaríamos ladrones a todos los «españoles» que se han establecido en aquellos campos de Panguipulli, Purulón, Trailafquén y Villarrica, haciendo una excepción de uno por mil. Al leer esto, muchas personas nos tacharán de exagerados, de ridículamente exagerados. Para responder a ese calificativo que nos desconceptúa ante el público, propondríamos que se nos señalara un par de propietarios de esa región que no haya robado a los indios animales o terrenos. Estamos seguros que si se planteara seriamente esta cuestión, todos los «españoles» habitantes de esa zona se excusarían de dar a conocer sus títulos de propiedad de los terrenos que ocupan y no quedaría uno sólo que pudiera decir que no tiene o ha tenido cuestiones con los indios, por pérdida de animales.

Pero, conociendo las leyes de nuestro país y sobre todo recordando lo que se ha dicho del Código de Procedimiento Penal, no podemos aventurarnos a eso, sin temor de que se nos llame calumniadores. Por lo demás el presente folleto indicará al público si la persona que lo ha escrito estará convencida de lo que dice.

El robo a los indios es una profesión como cualquiera otra, con el aditamento de que es productiva y sin peligros.

La Antonia Vera, hija de la india Nieves Añamco, mandada a matar por el usurpador más desvergonzado de Panguipulli, Joaquín Mera, nos refirió el siguiente caso, certificado con la declaración de algunos indios que pudieron presenciarse o por lo menos saberlo.

Tenía la Antonia, en los corrales junto a su ruca, en el fundo Pinco, de su propiedad, los bueyes y animales que le servían para su trabajo agrícola.

Un día, en la tarde, y cuando ya todos los animales estaban encerrados, la Antonia sintió ruido alrededor de su casa y salió a ver lo que pasaba. Cerca de unas trancas divisó a un grupo de animales y dos jinetes que los iban arreando. Corrió y reconoció a ocho de sus mejores bueyes de trabajo. Uno de los jinetes era el indio Calfinao, sirviente de Joaquín Mera.

– ¿Donde vas con bueyes que son míos? le dijo la Antonia.

– Mira, Antonia, le respondió el sirviente ladrón: mi patrón Joaquín me dijo que te viniera a sacar los mejores ocho bueyes que tuvieras. Yo lo siento mucho, Antonia; pero ya conoces a mi patrón, que si yo no hago lo me manda, me azota.

Y sin otra explicación siguió arreando los bueyes, que al día siguiente ostentaban la marca de Joaquín Mera, quien «los había comprado a la india Antonia Vera».

Otro caso del mismo Mera.

El fundo Pinco ha sido uno de los grandes objetivos de este flamante propietario, y para la consecución de su propósito, no se ha parado ni ante el asesinato; de

manera que el robo, la violencia y el despojo han sido actos corrientes ejecutados o mandados a ejecutar por él.

En Diciembre de 1906, es decir, el año pasado, Mera terminó de hacer un cerco, dentro del fundo Pinco, con el cual le quitaba a la Antonia Vera una gran extensión de sus tierras. Hecho el cerco, Mera mandó a decir a la Antonia que buscara donde irse porque ese fundo ya no era de ella. En la noche del recado le robaron a la india una vaca y un chancho. La india tomó el partido de ir a Valdivia a reclamar ante el Protector de Indígenas y fue en busca de su única cabalgadura que era una yegua recién parida. La cría había desaparecido.

Cuando la india volvió de su diligencia, la yegua se encargó de buscar a su cría y al día siguiente la yegua y el potrillo pastaban juntos.

Los indios y la Antonia hicieron del potrillo un objeto de curiosidad por aquello de que la yegua hubiera buscado y encontrado a su cría y con tanto mirar y remirar el potrillo descubrieron en la paleta del lado de montar... la marca a fuego de Joaquín Mera. Había hecho marcar a un potrillo a los quince días de nacido, por robárselo o al menos por disputárselo a la pobre india!

El que esto escribe vio al potrillo así marcado, oyó el ingenuo relato de la Antonia, el testimonio de estos hechos por muchos indios y la final confirmación por el padre Sigifredo.

Un tercer caso, para terminar.

Algunos individuos se dedican a recorrer los campos de los indígenas para comprarles lanas, cueros, crin, etc.

Generalmente esos individuos son agentes de la Compañía Ganadera General San Martín, o de otros comerciantes o dueños de fundos de los alrededores. Estos agentes necesitan condiciones especiales para desarrollar su cometido, por ejemplo, conocer los caminos, saber hablar mapuche, tener conocimiento de calidad y precio de las mercaderías que van a comprar, y sobre todo, estar interesados fuertemente en el negocio, pues las molestias que el agente se impone son muy grandes, como por ejemplo, dormir a la intemperie, comer mal, soportar lluvias frecuentes y calores sofocantes, etc.

Es sabido que los indios aprecian extraordinariamente sus animales, al extremo que prefieren que el animal quede mejor instalado y sea mejor tratado que su misma persona. No es raro, entonces, que cuando tienen un par de yunta de bueyes para el trabajo, unas dos vacas y tres o cuatro caballos, los cuiden con más cariño que a sus hijos.

Pues bien, si a un indio se le propone compra de un animal de su propiedad lo primero que contestará es que no vende, y cualquier persona que sepa o por lo menos se figure lo que significa una yunta de bueyes en medio de la montaña, le encontrará razón al indio.

Los agentes reciben, generalmente, la misma respuesta; pero ellos ya conocen el terreno que pisan, van preparados y llevan en sus árquenas botellas y latas de alcohol, con el cual emborrachan al indio o indios de una ruca. Una vez borrachos, ya es más fácil que sean accequibles y que vendan una yunta de bueyes en treinta pesos, un caballo en cinco o un carnero en cincuenta centavos, más una botella de aguardiente de granos que generosamente da el comprador.

Una vez que reciben la plata, el agente y sus sirvientes arrear sus animales y siguen su camino, felices.

Elías Jaramillo, era y ha de ser actualmente, agente de la Compañía San Martín y hartos animales compró para la Compañía de la manera que dejamos apuntada; pero una vez tuvo un disgusto con el gerente don Fernando Camino o con algún empleado superior y dejó el empleo.

En sus correrías, Jaramillo habíase hecho muy amigo del indio Juan Catalán, mocetón de la reducción de Nitrai. Al encontrarse sin empleo fue a casa de su amigo y le pidió alojamiento. Catalán lo convidó a entrar a su ruca, contra la costumbre mapuche, y le hizo cama en un rincón.

Jaramillo vivió cerca de un mes en la ruca del indio y aún le ayudó a trabajar para ganarse la comida; pero una vez se disgustaron estando bebido y se pelearon a bofetadas. El indio lo echó de la casa, pero Jaramillo no quiso salir y al día siguiente hizo una división «adentro de la ruca» con estacas y empalizadas y abrió una puerta para su uso exclusivo. A esta puerta le puso un candado. De esta suerte la ruca de Catalán quedó dividida en dos partes independientes.

No para en esto la cosa. A las pocas semanas, Jaramillo entraba en arreglos con la Compañía e ingresaba de nuevo a su servicio, de comprador de animales, con el agregado de que ahora era inquilino de la Compañía Ganadera San Martín, en los terrenos que esta «había comprado en Nitrai» ...

Y como el indio Catalán se resiste a abandonar la casa que le dejaron sus mayores la Compañía le ha puesto o le pondrá pleito y lo arrojarán con la fuerza pública. Este hecho es reciente.

*

A pesar de que dijimos que lo anterior sería el último caso de robo que citaríamos, no podemos resistir al deseo de anotar el siguiente que se nos ha venido a la vista hojeando nuestros apuntes.

En la costa noroeste del lago Panguipulli hay un fundo denominado Neltume, que pertenece al caciquillo Valentín Callicul, heredero del cacique de esa reducción Cullín Ancalipe, ausente desde mucho tiempo.

Desde que la Compañía Ganadera San Martín llevó al lago Panguipulli el vapor «O'Higgins» hase convertido esta embarcación en pirata, destruyendo todas las canoas de los indios y ejerciendo actos de dominio en toda la costa; uno de estos actos de dominio se ejerció en Neltume, al norte del río Jui, que desemboca en el lago. La Compañía llevó allí materiales de labranza, madera para casas, inquilinos y animales y estableció trabajos a media cuadra de la ruca del indio Callicul.

Con los trabajos de la Compañía los corrales del indigena tenían que destruirse, porque los inquilinos se abrían paso por donde estaba más derecho. Callicul recurrió al Padre Sigifredo y éste escribió una carta al señor Juan b. Sallaberry, subgerente de la San Martín, reclamando del atropello que se cometía contra el indio. Aunque el señor Sallaberry no contestó en el tiempo que entre personas se estila, contestó al fin y tuvo la hidalguía de reconocer que «los mayordomos habían tomado posesión indebida de los terrenos de Valentín Cullicul, pues la compañía no tenía terrenos al norte dle río Jui»; prometía el señor Sallaberry paralizar los trabajos, retirar la gente, indemnizar al indio o en su defecto,

comprarle el terreno (se sabe que los indios no pueden vender). Pues bien; cualquiera podría figurarse que dada la buena voluntad del señor Sallaberry, subgerente o cosa parecida de la San Martín, el indio Cullupil quedó tranquilo en sus posesiones. Pues no todavía pueden verse las casas de los inquilinos y los trabajos agrícolas efectuados por la Compañía en el terreno de Neltume sin que se piensen ni retirar los inquilinos, ni paralizar los trabajos ni indemnizar al indio ni nada!

Muchas veces, por carta y verbalmente ha reclamado el Padre Sigifredo a la Compañía el cumplimiento de lo prometido por el señor Sallaberry: nada se ha hecho. De esta compañía son accionistas personajes de caracterización, como por ejemplo, conspicuos miembros del Congreso.

III Cómo se les flagela

Es «propietario» en los alrededores del fundo y reducción de Quilche el señor don Alfonso Stegmaier, caballero que ha hecho compras a los indios en extensiones que no bajarán de cincuenta o setenta mil hectáreas. Los indígenas de Quilche, con su cacique Lorenzo Carileu, son los genuinos propietarios desde remotos tiempos del fundo de ese nombre y forman la colectividad legal que se llama reducción.

Entre Stegmaier, unos señores Mans y otro tal Jaramillo hicieron un convenio para despojar a algunos de los indios de Quilche de buena parte de los terrenos (1) y llegaron hasta el asesinato.

Uno de estos indios de Quilche, llamado Antelef Compayante que vivía cercano a la casa de Stegmaier, recibió un día un recado de este señor, por el cual se le invitaba a pasar a su casa. Antelef no sabe hablar en castellano pero como el sirviente que le daba el recado era medio indígena, no tuvo inconveniente en acudir a la invitación.

Stegmaier lo recibió en el corredor y le dijo por el intérprete que le dejara los terrenos que ocupaba en Quilche, porque él los había comprado y que a fin de que no quedara descontento le iba a dar plata y algunos animales. El indio contestó que no vendería ningún pedazo de su terreno y que no quería plata pues estaba muy bien en sus posesiones. Stegmaier insistió y terminó diciéndole que si no accedía quedaba preso y que lo llevaría a la cárcel de Valdivia.

Y efectivamente, el pobre indio fue amarrado y encerrado en un rancho, donde en esa condición pasó sus días casi sin comer, hasta que fue llevado a Valdivia. Dice Compayante que en esa ciudad lo tuvieron, siempre amarrado de las manos por detrás, en una casa y que lo único que le pedían era que vendiera el terreno y que nada más le pasaría.

El indio reclamaba débilmente –en su ignorancia– del trato que le daban y por fin lo volvieron a Quilche.

Cuando llegó a su tierra la encontró arrasada; su ruca, sus cercos y víveres, animales, etc. habían desaparecido y el terreno estaba una parte barbechado y la otra parte en trabajo.

Desesperado Compayante empezó a indagar el paradero de su mujer, hijos y animales y pronto supo por los mismos inquilinos de Stegmaier que habían sido

llevados hacia una quebrada inhabitable en que apenas los cabros pueden tener acceso. Allí y como Dios le había dado a entender, la india, mujer de Compayante, había armado la ruca para guarecerse con sus hijos.

A causa de no tener dónde pastar, los animales del indio han muerto de hambre o despeñados en la quebrada.

Stegmaier ha alegado que el lanzamiento que efectuó en la persona y bienes de Compayante, se debe a que el lanzador pagó una hipoteca de 250 pesos que Compayante y otros indios de Quilche habían adquirido con unos señores Mans. Por cierto que Stegmaier continúa con los terrenos y Compayante y su familia han tenido que emigrar.

En la misma condición que el indio Compayante, se encuentran los naturales Severino y Carmen Caifanti, que han sido arrojados de sus terrenos colindantes con Stegmaier.

No quiero extenderme relatando otros hechos criminosos cometidos por Stegmaier, porque debo dejar espacio para referirme a otros personajes como el señor don Francisco Sproel, propietario de grandes extensiones en Quilquil, Puleufu, etc. etc.

Este señor Sproel, que en cuento a usurpaciones no tiene mucho que envidiar a Joaquín Mera, es uno de los más tenaces perseguidores de los indios, a quienes, según parece, tiene un odio atávico. Todo lo que sea indígena o chileno –según se nos informa– es para él una mala recomendación.

Vecino a sus posesiones de Puleufu vivía el indio Antonio Millahuala en un terreno que hasta entonces había escapado a las intentonas de Sproel, quien había hecho lo indecible porque el indígena le vendiera o le cediera sus derechos.

A pesar de que la violencia ya la había ejercitado otras veces para quitarle terrenos a los indios, se le hacía trabajoso al hombre cometer un crimen tan a sangre fría. La casualidad vino en ayuda de Sproel.

Una noche entraron ladrones a sus corrales y le robaron una ternera de año. La bolina al día siguiente fue grande. No había rastro alguno del ladrón y Sproel y sus inquilinos se perdían en conjeturas. Buscaron, indagaron, pero sin resultado alguno.

Pasados algunos días se le ocurrió a Sproel que con lo del robo podía sacar algún partido. Acompañado de dos o tres sirvientes se dirigió a la posesión de su vecino Millahuala y sin más trámite lo amarró sobre su caballo y lo llevó a su casa. Lo encerró en seguida en la bodega y por mano de dos peones le hizo aplicar una tunda de azotes que le abrieron las carnes. El indio lloraba y gritaba preguntando por qué se le castigaba. Sproel decía que por ladrón, pues sabía que él se había robado la ternera. El indio protestaba en balde y a fin de que no se ayesan sus gritos se le mandó poner mordaza.

Sproel se había empeñado en que Millahuala le prometiera irse de la vecindad y como el indio no quisiera acceder, le hizo colgar del cuello con un nudo firme para que no se ahorcara, mientras un sirviente lo tiraba de las piernas. En seguida lo bajaron, lo volvieron a colgar de los brazos y le dieron otra azotaína con lo cual el indio se desmayó.

Ante este espectáculo Sproel ordenó que desataran al infeliz y lo tendieran sobre unas pajas, donde lo dejaron pasar la noche. Al amanecer, el indio recuperó los sentidos y al verse solo y desatado huyó de la casa saltando cercos y murallas.

Al día siguiente Sproel lo hizo buscar por todas partes incluso en su posesión, pero ni el indio ni su familia estaban allí.

Pasó una semana y todas las informaciones decían que Millahuala había emigrado a la Argentina. Sproel aprovechó la ausencia para quemar la ruca y cercos del fugitivo y encerrar sus terrenos, que habían sido su deseo vehemente durante tanto tiempo.

Como al mes después de estos hechos apareció la ternera robada a Sproel en poder de Juan Huentelaf, conocido ladrón de animales, el cual confesó su delito sin mayor esfuerzo, ante el Juez de distrito. Sproel tuvo tal vez un poco de remordimiento pero luego lo tranquilizó la idea de que Millahuala, su víctima, estaba muy lejos y no volvería.

No fue así, sin embargo. Los indios se encargaron de avisar a Millahuala y lo impusieron de todo. Pronto regresó a su patria el fugitivo y demandó a Sproel ante el Juez del distrito de Puralón. Durante el juicio, involucraron al indio de modo que le prometieron endemnicarlo por el despojo de sus tierras y por los azotes y flagelaciones recibidos; pero no pasó de allí la cosa y el pobre Millahuala, sin terrenos, sin hogar anda errante de reducción en reducción, esperando la indemnización que le ha prometido el magnífico y flamante propietario, señor don Francisco Sproel.

*

El cacique Manuel Calfuala, de Rancahue, subdelegación de Pitrufrquén, dice que la comisión radicadora de indígenas que señaló los terrenos fiscales en la concesión Latorre y Cia que ahora tiene la Compañía Queule, ha procedido con evidente favoritismo para la citada Compañía en directo perjuicio para los indígenas de su reducción, que en número de 37 han sido arrojados de sus posesiones enmemoriales.

Los empleados de la Compañía han hecho grandes volteadas de árboles dentro de los terrenos de los indios y a estos los han correteado a balazos y a tres o cuatro los han azotado, amarrados a árboles a fin de atemorizarlos para que huyan y no vuelvan.

El 24 de Noviembre del año pasado (1906), los empleados de la Queule, «acompañados de gendarmes de la misma Compañía» quemaron la ruca del mocetón Felipe Nitrahuala y azotaron a la mujer porque no salía tan luego. Igual suerte corrieron las rucas de Pedro Huentelaf y de Manuel Ancahuala.

Item más: la línea férrea pasa al medio de los terrenos que la radicación señaló a los indios de Rancahue y como la Queule pidió y obtuvo que se le hiciera un paradero de ferrocarril frente a las casas de su fundo, la Empresa le ha quitado a los indios cerca de ocho cuadras de terrenos magníficos para siembra que ellos tenían barbechado.

El paradero de la Paz, en la Inea de Gorbea a Antilhue, ha venido a dejar sin recursos a un medio ciento de indígenas y a fomentar la ambición de una empresa que según se dice no ha cumplido sus compromisos con el gobierno.

*

Propietario en Coz-Coz era el indígena Llançapi, de quien Joaquín Mera, tantas veces nombrado, se hizo grande amigo, a fin de que le vendiera unas acciones y derechos en el citado fundo.

Estas acciones y derechos correspondían, por lo menos práctica y materialmente, a la posesión que Llançapi ocupaba en la reducción y que colindaba con el enorme fundo que se ha hecho Mera en Panguipulli. El indio se resistía a hacer cualquier transacción; pero llegó un día en que, instigado por la necesidad o por el vicio, recurrió a Mera, el cual le dio la cantidad de ciento veinte pesos por cerca de cuarenta cuadras de tierra.

Un pariente de Llançapi, cuando supo este hecho se puso al habla con los demás indios y a costa de grandes sacrificios reunieron entre todos la plata para devolverla a Joaquín Mera y a fin de preparar la negociación, el indio fue a casa del acreedor.

Una vez adentro de la casa, los sirvientes de Mera lo amarraron y lo condujeron a una quebrada o lugar apartado, y allí lo flagelaron inhumanamente, retorciéndole los brazos y azotándole las espaldas con látigos y coligües nuevos.

Mera le hizo prometer el pobre indio que no se metería en nada y que dejaría las cosas como estaban. El indio no tuvo otro camino que aceptar para librarse de los bárbaros martirios.

Efectivamente, las diligencias hubieron de quedar hasta allí, pues no hubo forma de que el pobre flagelado quisiera continuar en su idea.

Cuando nosotros estuvimos en Panguipulli aconsejamos a los indios que entregaran la plata al Padre Sigifredo para que él llevara a cabo la negociación con Joaquín Mera. Así lo hicieron efectivamente, y el Padre quedó con el encargo; pero según supimos después, el negocio no se había finiquitado porque el indio Llançapi, el deudor, no había «querido». Cabe preguntar con mucha razón: ¿puede creerse que el infeliz Llançapi que no tiene dónde vivir haya desistido espontáneamente de recuperar sus terrenos, sobre todo cuando él no desembolsaba ni un solo centavo?

Hay antecedentes fundados para creer que Llançapi ha sido flagelado por Joaquín Mera para obligarlo a dar esa respuesta.

*

Los instintos de usurpación de Joaquín Mera se han reavivado cada vez que impunemente ha llevado a cabo una rapacería.

A las indias Manuela y Antonia Vera hija de la cacica Nieves Aiñanco mandada a asesinar por Mera, no ha podido hasta ahora arrojarlas fuera del fundo Pinco, que pretende incorporar a sus dominios, pero en cambio las ha atropellado en la forma más inaudita.

A fin de que renunciaran a sus derechos sobre Pinco, Mera las hizo flagelar a las dos, en una de las bodegas de su casa de Manquendehue. Y para que la renuncia tuviera valor legal citó al Juez del distrito «el cual fue testigo de la flagelación y autorizó la declaración de la Manuela según la cual, ambas hermanas renunciaban espontáneamente sus derechos sobre el fundo Pinco, en favor del señor Joaquín Mera.»

Uno de los tormentos que se aplicó a las infelices, fue el de azotes hasta abrir las carnes y en seguida echarles sal en las heridas.

Este caso está citado en el memorial presentado al Ministro de Colonización por el toqui araucano Juan Catriel Rayen, documento inédito que publicamos íntegro más adelante.

Tendríamos tantos casos por citar que nos parecerían estrechas las páginas de todo este folleto para para apuntar el cúmulo de hechos criminosos que figuran en nuestros apuntes; pero debemos someternos al límite que tenemos para desarrollar este trabajo.

IV. Cómo se les asesina

Cuando la Compañía Industrial y Ganadera General San Martín dirigida por el señor don Fernando Camino, de la firma Camino Lacoste y Cia, llegó a los campos de Panguipulli a establecer sus operaciones mercantiles, los indios hacían su comercio atravesando el lago en canoas.

El lago es extenso y sus costas muy fértiles. Los indios tienen sus rucas en las orillas y en consecuencia, no existe lo que podríamos llamar camino de circunvalación por cuanto la comunicación es flotante. La canoa es, por tanto, el medio de locomoción casi único de los habitantes de Panguipulli.

La Compañía San Martín necesitaba cruzar rápidamente el lago y puso en práctica el proyecto atrevido de transportar hasta allí una barca a vapor. Desde Valdivia al lago Panguipulli hay no menos de cuarenta leguas, veinte de las cuales corresponden a la montaña casi virgen. A través de esa selva y en más de quince días se logró transportar el barco desarmado. Las calderas y el casco fueron colocados por seis u ocho yuntas de bueyes y de esta manera, atravesando desfiladeros y puentes construidos especialmente y abriendo camino a hacha en algunas partes, se logró llegar hasta la ribera del lago.

Este esfuerzo puede decirse titánico, es digno de un aplauso especial y conste que en estas páginas lo damos.

El vapor «O'Higgins», capitán Ricardo Lange, surcó el lago con banderas, gallardetes, salvas y hurras. Los indios, admirados también, escoltaron la embarcación consus canoas llenos de inocente regocijo, sin sospechar que la llegada de esa canoa más grande que la de ellos iba a ser la ruina de todos.

A los pocos días de estar en servicio el «O'Higgins», se hizo saber a los indios que era absolutamente prohibida la navegación del lago en canoas, sin permiso de la Compañía. Al efecto el capitán del vapor tenía orden de apresar y de destruir toda embarcación que sorprendiera a flote.

Con efecto, en un viaje, el capitán Lange destruyó tres canoas que encontró a su paso. A los indios que las tripulaban los recogió a bordo y los llevó a Choshuenco: los indios iban a Panguipulli. Es lo mismo que llevar a Valparaíso a un sujeto que se dirige a Talcahuano. Los pobres indios tuvieron que rodear el lago para llegar a su casa más o menos unas siete leguas a pié.

Esto ocurría a mediados de Mayo de 1906.

Más o menos en esa fecha llegó a Panguipulli el gerente de la San Martín don Fernando Camino. Ante él recurrieron los indios de demanda de justicia por los

abusos del capitán Lange y del jefe de la Compañía en Panguipulli, don Adrián Duhau. El Padre Sigifredo también se presentó con sus alegatos de siempre. Camino mandó a un cuerno a los indios y al padre Sigifredo y para hacer ver cuáles eran sus ideas al respecto, se embarcó en el vapor e hizo una travesía del lago, ordenando «personalmente» el apresamiento o destrucción de cuanta embarcación encontró a su paso, y aún de las que estaban amarradas en sus riberas. En esta expedición, que se llevó a cabo el 20 o 21 de mayo; se hizo acompañar por el mayordomo-vaquero Luis Monsalve, el cual recibió orden de destruir en tierra las canoas que no apresara el vapor en las aguas. Ese día de vergüenza, desaparecieron todas las canoas de los indios, y en los siguientes desapareció el resto, menos una, que había escapado, quién sabe cómo, – perteneciente al indígena Carlos Lingay, de la reducción de los caciques Millanguir, dueños del hermoso fundo Quechumalal, grandemente ambicionado por la Compañía San Martín–.

El señor Camino regresó a Valdivia con la conciencia tranquila... después de haber acentuado sus órdenes de una manera tan clara.

Naturalmente, Lange y Duhau se creyeron autorizados para cumplir esas órdenes por cualquier medio.

En la única canoa que quedaba a flote, se embarcaron en Quechumalal, con dirección a su fundo Lonquil el cacique Mariano Millanguir y su hijo Manuel, joven de 20 años; iban llevando víveres y herramientas de labranza para sus trabajos agrícolas en el último de estos fundos. Era el día 26 de Mayo, como a las tres de la tarde. Desde Quechumalal a Lonquil, no podían demorar los indios más de tres horas.

El vapor «O'Higgins» hace diariamente una travesía al lago: sale en la mañana de Panguipulli y llega a Choshuenco a medio día; de allí regresa después de un par de horas, para llegar invariablemente a Panguipulli entre cinco y seis de la tarde.

El día indicado, la canoa del cacique Millanguir hubo de encontrarse con el vapor «O'Higgins». Lo que ocurrió entre los tripulantes de ambas embarcaciones no se sabe y probablemente quedará en el misterio. El vapor llegó a Panguipulli como a las 10 de la noche. Los empleados de la Compañía estaban llenos de cuidado con el atraso inusitado del «O'Higgins», quien como hemos dicho debía llegar a su destino antes de las 6 de la tarde, de manera que todos se habían trasladado al muelle donde comentaban agitadamente ese atraso. Duhau había reunido gente para enviarla al siguiente día por la orilla del lago a buscar noticias del vapor, por si había sido visto por los indios.

Cuando el vapor atracó al muelle, Duhau preguntó en alta voz por qué había llegado tan tarde, a lo que respondió Lange, con una sola frase: viens ici. Obedeció Duhau subiendo al vapor; ambos hablaron aparte y en francés y, según pareció a todos, el jefe de la Compañía quedó satisfecho de las explicaciones que le dio el capitán.

Todo volvió a su curso normal y ya al día siguiente nadie hablaba sino incidentalmente del atraso del día anterior.

Pero Mariano Millanguir y su hijo no llegaron a su fundo de Lonquil ni la canoa aparecía por ninguna parte. La familia hizo las más prolijas investigaciones sin resultado; el cacique Millanguir, hermano de la víctima, puso en actividad a los mocetones en toda la costa del extenso lago y tampoco se encontró ningún

vestigio. Sólo faltaba buscar en la superficie y en la costa rocosa que no podía reconocerse por tierra sin grandes dificultades.

Los indios «pidieron permiso» a la Compañía para recorrer la costa en botes y al mismo tiempo encargaron al capitán y a la tripulación que se fijaran si en el centro del lago flotaba alguna embarcación.

A todo esto el tiempo pasaba. Los tripulantes del vapor habían declarado muchas veces que en sus viajes diarios no habían divisado ni canoas ni restos de los que se suponían náufragos. Los indios tampoco eran más afortunados.

Habían pasado 11 días. El 10 de Julio unos indios encontraron la canoa perdida y adentro los cadáveres de Millanguir y su hijo, boca abajo y en estado de putrefacción.

La canoa estaba metida entre altísimos riscos en un lugar inaccesible por tierra, que es el paraje favorito de las aves acuáticas y de rapiña. Los indios se fueron inmediatamente a dar aviso a la familia y al Padre Sigifredo y al día siguiente salían con el vapor «O'Higgins», a remolcar la fúnebre canoa.

El capitán Lange, al enfrentar los riscos, dijo: Yo había visto varias veces esa canoa; pero nunca me pude figurar que contendría los cadáveres ...

Se remolcó la canoa hasta Panguipulli y se llevaron los cadáveres a la misión; el Padre Sigifredo hizo la autopsia y comprobó que Mariano Millanguir tenía una herida a bala en el cráneo, por detrás y que el joven Manuel había muerto ahorcado.

Se pusieron las denuncias en poder del Juzgado de Valdivia; el señor Frías se trasladó a Panguipulli a levantar el sumario, sin llevar consigo al médico legista para que hiciera la autopsia médico-legal de los cadáveres... Tomó algunas declaraciones a los empleados de la Compañía, y a algunos indígenas, que no pudieron hablar en su presencia de puro miedo a las bravatas que al lado de afuera y antes de declarar les hacían Duhau, Lange y otros y sin esperar la única declaración que podía dar alguna luz, la del Padre Sigifredo, se volvió a Valdivia al día siguiente de haber llegado. Atendieron al Juez señor Frías con todo el esmero que se podía en aquellas alturas los empleados de la San Martín, en cuyas casas se alojó y Joaquín Mera, el famoso usurpador de terrenos de Panguipulli.

Por cierto que la causa se sobreesayó por falta de datos...

Los denuncios hechos por el cacique jefe, Juan Catriel Rain en el memorial tantas veces que a su vez hizo «El Diario Ilustrado» a principios de este año y otras informaciones privadas, indujeron probablemente al Ministro Salas Edwards, a pedir informes al respecto al protector de Indígenas don Carlos G. Iribara el cual no ha podido aún evacuarlo a pesar de la magnífica buena voluntad manifestada en toda ocasión por los Gerentes de la San Martín, para dar al Protector toda clase de facilidades para el desempeño de su cometido.

Los cadáveres del caciquillo Millanguir y de su hijo están enterrados cuidadosamente por el Padre Sigifredo, esperando que la justicia chilena quiera descubrir a sus autores del crimen, que por otra parte están señalados hasta por el indio más infeliz de Panguipulli.

Era mi deseo relatar –para dar remate a este pequeño trabajo–, el asesinato de la india Nieves Aiñanco, dueña del fundo Pinco que Joaquín Mera ha ido

incorporando a retazos a su enorme fundo; pero no quiero que sea sólo mi palabra la que autorice esta relación.

Hay un nombre, que sólo pronunciarlo, es garantía en todo lo que se diga respecto de la situación de los indios en Panguipulli: ese nombre es el del Padre Sigifredo.

Pues bien; si el afirmar un hecho en nombre es suficiente prueba de certidumbre, lo será más aún el que lo diga con su firma.

La carta que va a continuación, es el salvo conducto que doy a las páginas de este folleto, por si alguien dude de la sinceridad de mis expresiones. No pretendo –lo repito– haber sido estrictamente exacto en mi relación. Puede haber algunos errores de fecha o pluma, pero en lo que se refiere al fondo mismo de los hechos creo haber dicho la verdad; creo haber relatado sinceramente lo que vi y oí en mi viaje a la región de Panguipulli.

La carta del Rdo. Padre Sigifredo retrata la personalidad moral de Joaquín Mera y fue enviada al autor de este folleto a raíz de un artículo que publicó «El Diario Ilustrado» a principios de este año, titulado «Quién es Joaquín Mera».

He aquí ese documento:

«Padre Las Casas, Febrero 17 de 1907.-Señor Aurelio Díaz Meza, corresponsal de “El Diario Ilustrado” en Valdivia. –Muy respetado amigo:

Con mucha satisfacción me he impuesto de su artículo «¿Quién es Joaquín Mera?».

Lo que usted dice es la pura verdad; pero usted pinta a ese hombre con colores muy débiles; es un individuo mucho más feroz y tan malo que se debe considerar como uno de aquellos hombres peligrosos que debían ser arrojados de la sociedad humana.

Me permito rectificar en algo lo que usted ha escrito sobre él.

Joaquín Mera tiene escrituras de sus terrenos y ha comprado siempre acciones y derechos de chilenos que vivían ya entre los indios y a costillas de ellos pero no podían avanzar con nuevas «compras»! Cuando Joaquín Mera, ahora a 16 años, compró a su hermano en Manquedehue, principió luego a deslindarse con los indios, quitando a todos sus vecinos por la fuerza bruta, lo que quería incorporar a su dominio. Así procedió con los indios Huitag, Trailafquén. Pinco, Coz-Coz, Pelehue, Quilche. En todas partes puede usted divisar techos de rucas quemadas por Joaquín Mera, formando hoy día el fundo inmenso que hoy día posee.

También se empeñó con indios de mala fe le vendiesen sus posesiones. Estos accedieron a la petición de Mera, señalaron los límites de dicho terreno según los deseos del comprador y fueron enseguida a Argentina dejando a sus hermanos pelear con Mera, que siempre salió con la suya.

Muy interesado anduvo en un tiempo Joaquín Mera por los terrenos del indígena José María Frecaño. Lo que refiero me lo contó el mismo indio, quien está dispuesto a referirlo ante las autoridades.

Joaquín Mera instigó a José María Frecaño, indígena de Fovilafque, a robar animales al cacique Ignacio Nahuel, de Jumalla, lugar situado cerca de Villa Rica.

Frecaño hizo todos los preparativos necesarios y Joaquín Mera lo acompañó con los mejores consejos.

Habiendo realizado Frecaño el robo y estado en marcha con los animales, el traicionero Joaquín Mera avisó al cacique Ignacio Nahuel, y éste alcanzó al ladrón, quitándole todos los animales.

Un caso concreto.

El indígena Maricao vendió el año pasado su posesión en Coz-Coz a Joaquín Mera. Maricao no tenía escritura. Según sabemos, no se extendió tampoco escritura a favor de Mera, pero el hecho es que Joaquín Mera se considera hoy dueño del terreno de Maricao, y entre límites Maricao jamás habrá soñado y que alcanzan el lago de Panguipulli. Como inquilino puso Joaquín Mera a su sobrino Antonio Mera, quien arrendó al indio vecino Lancapi a nombre de Joaquín Mera. De modo que los indios de Coz-Coz quedan con tan poco terreno que no saben con qué mantenerse a sí mismos ni a sus pocos animales.

En Pinco quiso Joaquín Mera comprar el año pasado a Francisco Martínez diciéndole: «si usted me vende, yo no tengo obstáculo , pues con una escoba grande voy a barrer con todos los indios.»

Cuando destruyó Joaquín Mera la última habitación en Futanime, fundo asaltado a los indios, hubo una batalla grande, primero de palabras y enseguida de palos.

Dijo Mera a los indios: «a fuerza de plata alcanzo todo en Valdivia. Todo Coz-Coz será mío; el fiscal nada conseguirá para vosotros.»

En una ocasión nos empeñamos mucho en que se solucionara un pleito, cuando había en Valdivia un juez interino. Mera se veía en apuros. Pero el tiempo no nos alcanzó y Joaquín Mera canto triunfos, porque había regresados Frías «su juez», con quien él conseguía todo.

Cuando habíamos perdido el proceso sobre el terreno de Futanome y el Promotor Fiscal apeló, Mera dijo: «He pagado un par de cientos de pesos al juez, para que borre la apelación.»

Infinitas veces ha dicho Joaquín Mera a los indios que sus reclamos eran inútiles, porque él tenía comprado al Juez Frías.

Respecto al asesinato, le digo:

La víctima era la indígena Nieves Ayñamco. Esta india era natural de Fengil (Pitrufuquén); llegó con su marido a Pinco, fundo que entonces estaba desocupado, porque los indios de aquella región se habían acabado con una enfermedad contagiosa.

Esto hará unos 50 años.

La Nieves Ayñamco tuvo 4 hijos: Juan, Manuela, Pilar y Antonia, que todos tomaron por apellido el nombre Vera; es costumbre entre los indios mudar el apellido.

Juan Vera, vendió a Mera, aunque no tenía títulos. Escritura se hizo ¿Cómo? Dios lo sabrá.

Con esta compra quiso Joaquín Mera, desalojar a la Nieves Ayñamco. Esta resistía tenazmente, no quedando a Mera otro recurso que mandar asesinarla.

Se efectuó el asesinato en presencia de un hijo de Joaquín Mera en la misma casa de la india. El mozo de Joaquín Mera, Joaquín Callanso (?) Le partió con machete el cráneo!

Joaquín Mera estuvo seis meses preso en Valdivia, y cuando salió libre principió a cercar la posesión de la Nieves, quemó la ruca, y mandó robar los animales a la Manuela, en compensación de los atrasos sufridos por la prisión.

¡Qué se oiga a la Manuela! si en realidad la justicia tiene interés en escuchar la verdad.

Hoy día pide partición del Fundo Pinco! ¿No es esto una sangrienta ironía? El que pide partición es Francisco García, que casi no tiene derecho alguno; pero es el palo blanco de Joaquín Mera.

Estando en Viaje al norte tuve la posibilidad de escuchar en el tren una conversación de varios caballeros que se ocupaban del artículo «¿Quién es Joaquín Mera?.»

Uno de ellos decía que conocía a Joaquín Mera desde largos años, cuando era todavía un pobre roto en San José, de donde tuvo que arrancar por mal vivir. Era Mera en este tiempo un famoso ladrón de animales.

Contó enseguida una larga historia, que no pude entender bien. Se trató de unos caballos y yeguas de un vecino de Mera, llamado, si entendí bien, Fernández, que Mera echó al río, donde todos se ahogaron.

De San José, dijo, el caballero (Eduardo Esckuch), se fue Joaquín a Aillipén donde su hermano Zenón. Pero este vecino fue tan molestado por Joaquín, que no dejó medio para hacer salir de su lado.

Fue en seguida a Panguipulli, donde podía aprovechar a sus anchas las bellas prendas de su funesto y perverso carácter.

Llegó a Panguipulli con un par de caballitos y unas cuatro vacas flacas, y hoy día es Joaquín Mera, gracias a sus famosas depredaciones contra los indios, que efectuó as la vista y con autorización de empleados públicos, hombre rico con terrenos buenos y abundantes animales.

Los indios han quedado en la miseria, y Mera el «tuerto» es hoy día rey de ellos.

Esto para hoy. Más tarde le contaré más.

Doy a usted mis más expresivas gracias por su interés y valiente intervención a favor nuestro.

Saluda a usted del todo suyo.

Sigifredo.

EL MEMORIAL DEL CACIQUE JEFE

Como complemento de este extenso relato, publicamos a continuación el interesante memorial elevado al Gobierno por Juan Catriel Rain a los pocos días de haber sido elegido jefe de los Araucanos en el Parlamento de Coz-Coz.

Catriel había estado en Santiago un mes antes del Parlamento y en una entrevista que tuvo con el Ministerio de Colonización, éste funcionario le pidió que presentara sus reclamaciones por escrito.

Señor Ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización – Santiago.

Muy distinguido señor:

En la audiencia que su Señoría tuvo la bondad de concederme el día 18 de noviembre del año en curso, su Señoría me había manifestado, que por medio de un memorial pusiera en conocimiento de S. S. todos los abusos que se estaban perpetrando contra nosotros los indígenas que vivimos en el Departamento de Valdivia en las regiones del Lago Panguipulli y sus alrededores.

Cumpliendo con el deseo de S. S., doy a continuación cuenta a S. S. sobre los asuntos que actualmente más nos afligen y que S. S. con su intervención puede subsanar.

I. Reducción de Quilche, Subdelegación San José de la Mariquina, 5.º distrito de Purulón.

a) En esta reducción se quejan muchos indígenas sobre los desmanes de Adolfo Stegmair. Este caballero ha adquirido durante 18 años un fundo inmenso, en parte legalmente talvez, en parte por atropellos cometidos contra los indígenas.

Viven todavía en Quilche escasas familias indígenas y de estos pocos restos se ven varios hostilizados por Adolfo Stegmaier.

1. Andrés Calfukura, Matias Katrukura, Francisco Calfukura, dueños de Quilche, donde han vivido siempre sus antepasados, han sido notificados por Adolfo Stegmaier, paralicen sus trabajos, que no barbechen este año y que abandonen el terreno después de la próxima cosecha.

El año 1889 hipotecaron los indígenas Francisco Kulapan y Lonkapan sus acciones y derechos en el fundo Quilche a los hermanos Manns, por la suma de \$ 250.

Adolfo Stegmaier canceló la hipoteca a nombre de los indios, pero les quitó a estos el terreno, lanzándolos con fuerza pública en Junio del año 1898.

Aunque el fundo estaba proindiviso y Francisco Kulapan y Lonkapan eran accionistas no más, fueron lanzados, fuera de los hipotecantes, con toda injusticia a petición de Adolfo Stegmaier, los indígenas, dueños de Quilche : Antulef Konpaintu, Bernardo Antinao, Hilario Antinao, Carmen Calfuantu, José Huenupan, Ignacio Calfuantu, Reducindo Pichinantu y Lorenzo Calfuantu.

El lanzamiento se efectuó de la manera más bárbara:

a) Bernardo Antüao con su hermano Hilario perdieron una casa de 15 varas de largo por ocho de ancho. Perdió en el lanzamiento 35 fanegas de trigo, y fanegas de habas, 8 fanegas de arvejas, 35 fanegas de papas. 60 fanegas de manzanas, 15 chanchos, 12 gansos y 25 gallinas. Los animales fueron echados al camino,

entre ellos 35 vacunos, 15 yeguas, 45 ovejas, 5 caballos. De todos estos animales se perdió la mayor parte.

b) Carmen Calfüantü perdió su casa, que fue quemada, 12 fanegas de trigo, 11 fanegas de arvejas, 7 fanegas de habas, 32 de papas. Perdió 10 animales vacunos, 1 yunta de bueyes, 40 gallinas, 10 gansos, 8 pavos y 20 chanchos.

c) Pérdidas en igual escala tuvieron José Huenupan, Ignacio Calfüantü y Reducindo Pichantü.

Resulta que todos estos indios estaban antes bien situados; hoy día se hallan en la miseria, pasan su vida en extremada pobreza, porque Stegmaier se llama hoy dueño de sus campos.

d) El cacique Andrés Calfükura levantó casa en el potrero Huenui. Cuando supo esto Stegmaier, se presentó armado donde Andrés Calfükura, lo tomó preso y lo tuvo detenido 5 días en su casa sin darle de comer. Enseguida le quitó el terreno y no permitió más que los indios entrasen en el potrero.

En este gran lanzamiento de 1898 se quemaron 11 casas, y como se efectuó en invierno y a muchas familias al mismo tiempo, los indios no sabían dónde refugiarse y perdieron de este modo todos sus haberes.

Entre chicos y grandes se hallan atropellados por Adolfo Stegmaier 105 miembros de familias indígenas.

Una investigación seria de este caso tendrá por efecto grandes revelaciones respecto de los terrenos defraudados a los indios y al Fisco, porque el terreno en cuestión es de una extensión enorme.

Todos estos atropellos y defraudaciones de tierras se han cometido por la simple deuda de \$250.

2. El indígena Lorenzo Carülen, de Quilche, sufre desde largos años las persecuciones de Ramón Jaramillo.

Según documentos que figuran en poder de Carüleu, ha ganado éste sus juicios en contra de Ramón Jaramillo, y sin embargo no ha conseguido nunca que Jaramillo abandonara estos campos. Ocupa hasta el día de hoy la casa del padre de Carüleu, la huerta, las plantas, y demás adelantos de este.

El indígena Lorenzo Carüleu ha gastado en diligencias judiciales 3,560 pesos, fue lanzado una vez del potrero, le robaron una vaca gorda y un ternero de año, en el mismo tiempo en que se efectuó el lanzamiento.

El hermano de Ramón Jaramillo asesinó a Atanasio Monje y arrancó en seguida a Argentina: y el mismo Ramón Jaramillo asesinó a José Huichcaleu, hace dos años.

Lorenzo Carüleu con toda su familia, que forman 92 miembros, pide amparo contra las pretensiones de Ramón Jaramillo.

II. Reducción de Panguinilahue, subdelegación San José de la Mariquina, distrito de Purulón.

También estos indígenas reclaman contra Adolfo Stegmaier, quien penetra en su fundo quitándoles un retazo bien grande.

Los indígenas de Panguinilahue tienen escriturado su fundo desde diciembre del año 1876. La escritura indica como límites de Panguinilahue: Norte, río Quilche; Este, Cordillera Concharo; Sur y Oeste, estero Willileufu.

Los terrenos tienen más o menos la forma siguiente: (1)

Stegmaier posee al lado norte de Panguinilahue el fundo Huenai, y por los límites que él daba a este fundo, quita a los indios de Panguinilahue la parte sur.

Según se ve baja Stegmaier por la cordillera y quita a los indios el límite sur por completo. Todos los conocedores de Huenui dicen que este fundo no abarca el terreno que Stegmaier pretende poseer. La división de las aguas formará también la división de los fundos.

Los indios han podido ya una vez amparo judicialmente y la sentencia les ha sido adversa.

Pasando a Panguinilahue una vista ocular, los indios deben tener razón.

III. Reducciones de Nerval, Malahue, Pichiponui y Ancapuile, en la subdelegación San José de la Mariquina, distrito Purulón.

Todas estas reducciones entran en el extenso fundo que se ha formado Clodomiro Cornuy durante los últimos años.

La parte de león posee hoy día Clodomiro Corduy, y los indios, primitivos dueños de esos campos, quedan con tan escasa tierra, que ni siquiera les basta para sus sembrados.

Este caballero compra acciones y derechos y enseguida deslinda él mismo los terrenos comprados, quitando a otros dueños, quienes en estas regiones siempre son indígenas que no tienen escriturados sus terrenos.

Hace poco intentó Clodomiro Cornuy encerrar por completo a los indígenas de Ancapuile. Estos se opusieron, porque se trataba de un retazo de terreno de 100 cuadras que Cornuy quería quitar a los indios. El intento ha quedado paralizado por ahora, pero pronto se renovará.

Contra toda ley y derecho está comprando actualmente Clodomiro Cornuy al indígena Virkanahuel, en Malalhue, compra que se hace privadamente, porque el indio no tiene escritura, y perjudicará a los vecinos.

Todos estos indios de las reducciones arriba mencionadas se podrían salvar por medio de una pronta radicación y quitando a Cornuy todo lo que ilegalmente ha adquirido.

IV. Reducción Antilhue, en la subdelegación San José de la Mariquina, distrito Purulón.

Los indígenas de Antilhue están hostilizados hace mucho tiempo por Romualdo García, quien pretende unir su fundo Chanleufu con lo que en acciones ha comprado en Antilhue. Para realizar esto debe García privar a los indios de sus mejores terrenos.

Grandes han sido hasta ahora los esfuerzos hechos por García para arrebatar a los indios de sus terrenos, y hasta ha pedido lanzamiento contra algunos, declarando que no son dueños; pero el Promotor Fiscal, Luis González H., ha paralizado esta actitud.

Hasta ahora se mantienen los indios en sus terrenos, pero se teme que esté cerca el día en que también ellos quedarán privados de sus tierras.

La radicación de aquellos indios que no tienen escritura, se impone con mucha urgencia.

V. Reducciones de Külaco y Nitrai, en la subdelegación de Macó.

1) Los indígenas de Külaco han sido hostilizados durante largo tiempo por Guillermo Angermeyer.

Angermeyer ha comprado de Manuel Curühuala, acciones y derechos en el fundo Külaco, y nadie se habría incomodado si este se hubiera conformado con la propiedad de este indígena. Pero Angermeyer quiso también apoderarse de las acciones de Horacio Curühuala, que está actualmente en Argentina y que ha dado un poder, hecho por un subdelegado, a su hermano Manuel Curühuala.

Angermeyer se aprovechó de este poder para hacer entrar la parte de Horacio Curuhuala en su escritura, contra la voluntad de Manuel Curühuala. Y como por los límites de Angermeyer quería dar a su terreno, quedaban afectados muchos indios que no tienen, escritura, el Promotor Fiscal paralizó la actitud de Angermeyer, de manera que nunca ha podido tomar posesión efectiva de los terrenos usurpados. Sin embargo, ha vendido Angermeyer a Fernando Camino, uno de los jefes de la Compañía Ganadera General San Martín.

Hasta ahora no ha habido más movimiento en este asunto, pero habrá más tarde, si no se radica pronto a aquellos indios que están sin escritura.

2) En Nitrai tiene Guillermo Angermeyer dos compras ilegales.

a) La Municipalidad de San José, remató a Lefiñir Catalán su terreno, porque éste no pagó el impuesto. Angermeyer fue el rematante.

Según la ley, están los indios libres del pago de impuesto, en todo caso, si no tienen escriturados sus terrenos. Por eso debe ser nulo este remate.

b) Además compró Guillermo Angermeyer, ahora dos años, terreno a Jacinto 2º Catalán, indígena que no posee escritura. Catalán no recibió pago alguno y por eso, no ha entregado éste tampoco su terreno.

Angemeyer quiso probar que el abuelo de Jacinto 2º Catalán era español, valiéndose de una fe de bautismo, que no hemos visto nunca nosotros, que dice haberla sacado de la parroquia de La Unión. El abuelo de los Catalanes debía tener hoy día por lo menos 100 a 110 años de edad. En La Unión hay parroquia desde el año 1836, así es que no existe y no puede existir una fe de bautismo de este Catalán en La Unión. Los hijos de José María Catalán –el abuelo en cuestión– Mateo y Lefiñir Catalán, tienen actualmente 80 años de edad, son moros y no hablan una palabra en castellano. Ambos aseguran que su padre José María Catalán no hablaba el castellano y murió moro, de modo que una fe de bautismo no puede existir.

Tampoco en el terreno en cuestión ha podido entrar Angermeyer, por la noble actitud del Promotor Fiscal, Luis González H. Todo está actualmente en silencio, pero Angermeyer ha vencido a Fernando Camino, Jefe de la Compañía General San Martín, quien es muy interesado por estos terrenos, porque se hallan al pie de la laguna Panguipulli.

La radicación de los indios de Külaco, como los de Nitrai, se impone con urgencia.

VI. Reducciones de Pinco y Coz-Coz, en la subdelegación de Marcó; Huitag, Calafquén y Trailafquén en la subdelegación de San José de la Mariquina.

1) Los despojos más violentos han sufrido estos últimos años los indígenas de Huitag, Trailafquen, Pinco y Coz-Coz, por parte del tristemente Joaquín Mera.

Hace ahora 8 años mandó a asesinar a la india Nieves Ayñamco, con el fin de apoderarse de su posesión en Pinco, fundo contiguo con las demás usurpaciones de Joaquín Mera.

Joaquín Mera fue reducido a prisión, permaneciendo 6 meses en la cárcel. Salió de la cárcel con fianza, sin que hasta ahora haya sido incomodado. Las tres hijas de Nieves Ayñamco siguieron juicio contra Mera, pero la justicia de Valdivia no se preocupó más del asunto. Mera quedó dueño de la posesión de Nieves Ayñamco y las tres hijas de ella han tenido que sufrir las venganzas del bárbaro Joaquín Mera.

Una de ellas, Manuela Vera, fue colgada varias veces de un árbol por Joaquín Mera y azotada. Un día las mandó a tomar presas a las tres hermanas y las llevó a su casa en Manguedehue. Estando todas en su casa las obligó que renuncien sus derechos a la posesión de su madre. Las indias, afligidas por las amenazas de Mera, renunciaron de su posesión delante de un juez de distrito, que también para este fin fue llamado a Manguedehue.

El expediente sobre el crimen cometido por Mera, dicen los unos, está en Concepción, otros dicen que ya no existe.

Sabiéndose protegido Joaquín Mera en Valdivia, cobró mucho valor: ensanchó sus posesiones por todos los vientos, de manera que hoy dispone de un fundo inmenso, donde puede tener sus mil animales.

Ahora tres años, quemó Joaquín Mera a Pedro Cürupan su casa en Huitag, le quitó el terreno y no lo dejó entrar más en sus campos hasta el día de hoy.

2) Un asunto del último tiempo es el desalojo de los indios de Coz-Coz por parte de Joaquín Mera.

Desde el 21 de abril de 1904 están los indios fuera de sus posesiones, las cuales son ocupadas hoy por Joaquín Mera, según se puede ver en el siguiente mapa.

En Chanchán vivía la viuda Tránsito Curüpan con sus hijos casados Floriano y Ramón Marican. Estos dos últimos vivían en el fundo de su madre desde que fueron lanzados (el año 1903) por Camino Lacoste y C.a del fundo Champulli.

En Futanome vivió Manuel Treulem Carüpan, casado y con 5 hijos, y José Martín Curipan. Estos dos habían hipotecado su fundo a Joaquín Mera por un préstamo de \$300. Según recibos firmado por Joaquín Mera, pagó Martín Curüpan la deuda, pero Mera niega su firma.

En Wankühue vivía Martina Lancapí con su hermano Francisco Linkochen y Manuel Caniupan, con 5 hijos.

En Chiusko, José Antonio Curüpan y la viuda María Hoitra, con 4 hijos.

Si Joaquín Mera hubiere tomado únicamente el fundo Futanome, es decir, la posesión de Martín Curüpan, nadie hubiera dicho nada. Pero grande fue la sorpresa de los indios, cuando el día 21 de abril de 1904 fueron lanzados todos, los de Chanchán, Futanome, Wankühue y Chuisco, y quemadas sus rucas por Mera en persona. Y todas estas diligencias se hicieron estando Martín Curüpan en la República Argentina, quien jamás ha sido notificado.

El Promotor Fiscal, en su carácter de Protector de Indígenas, puso demanda contra Joaquín Mera. Se trataba de probar que Martín Curüpan andaba en Argentina el 6 de junio de 1903, y que la notificación estampada por un juez de distrito era nada más que un acto arbitrario, una falsificación.

Ambas partes presentaron sus testigos y el fallo salió adverso a los indígenas.

El asunto está actualmente en apelación. Los indígenas despojados están hoy en día completamente arruinados.

3) Estando ocupados en la elaboración de este memorial, hemos sabido que Joaquín Mera ha pedido la partición de este fundo Pinco, el mismo fundo en que se ha realizado el sangriento suceso del asesinato de la india Nieves Ayñamco por Joaquín Mera...

Antes de pedir la partición del fundo Futanome cercó Joaquín Mera un gran retazo de terreno, perteneciente a este mismo fundo, asegurándose de antemano la parte del león, la cual no quiere que entre en la partición. Pero por otra parte se extralimita Joaquín Mera dando al lado norte a Pinco como límite, una volteada, que quita a los vivientes de Calafquén la mitad de su fundo.

Una investigación de este caso, revelaría grandes abusos por parte de Mera, y al mismo tiempo defraudaciones de tierras fiscales y de indígenas.

4) En Calafquén está hostilizando a los indios Abel Peña.

Dicho hombre es accionista en Calafquén. Habiendo perdido Peña sus derechos a Calafquén en un pleito con Gerardo Guarda, desea ahora recuperar sus terrenos quitando a los indios.

Además ha penetrado Abel Peña injustamente al fundo Longahue, de propiedad de indígenas, quitando a estos un gran retazo de terreno.

VII. Reducción de Reuveiro (Trafun), subdelegación de Macó.

Por una pequeña compra que ha hecho el subdelegado Dionisio Vio, de Macó, en Longahue, lugar situado a orillas del lago Trailafquén, del indígena Javier Aukapan, se ha apoderado Dionisio Vio de un fundo inmenso que parte del lago Trailafquén y alcanza hasta la Cordillera de los Andes.

Los indios fueron lanzados, a pesar que fueron dueños en Trafun desde tiempo inmemorial.

Los indígenas lanzados volvieron a sus campos. Diosnisio Vio pidió nuevamente lanzamiento y obtuvo una orden del Juzgado de Letras. Cuando un juez y los gendarmes estaban para ejecutar la orden, se opusieron los elementos, los ríos no se podían pasar y los indígenas quedaron en sus posesiones.

En seguida apeló el Promotor Fiscal a la Corte de Santiago y allí está pendiente el asunto. La orden de lanzamiento de suspendió.

Dionisio Vio, en su carácter de subdelegado, ha cometido grandes abusos entre los indios. Siempre ha negociado con terrenos de indígenas y explotado a éstos de la manera más bárbara.

Todos los años recorre Dionisio Vio con latas de alcohol la extensa subdelegación negociando terrenos y animales y «haciendo justicia.»

Por fin digo a su señoría que todos estos abusos los conocen las autoridades de Valdivia y han sido presentados mil y una veces. Pero las autoridades de Valdivia declaran que la situación creada ya en la provincia, no les permite solucionar los asuntos como fuera debido.

El Promotor Fiscal, Luis González, nos ha favorecido en cuanto ha podido.

El Protector de Indígenas, Carlos Iribarra, ha tomado en repetidas ocasiones, serias medidas a favor nuestro, y el Señor Intendente Enrique Cuevas, nos trata con mucha consideración. Y sin embargo, todos ellos no se hallan capaces de

conjurar el mal. El tinterillaje se burla de los esfuerzos de las autoridades bien intencionadas.

El Protector de Indígenas se halla oprimido de trabajo. No puede hacer otra cosa que escuchar reclamos, porque tiempo para la defensa no le queda.

Suplicamos a Su Señoría, tome las medidas del caso. Millares de indígenas levantan hoy día sus ojos y manos a Don Pedro Montt, llevando la esperanza que su gobierno será también para ellos un Gobierno de regeneración, después de largos años llenos de pesares e inquietudes.

Dios guarde a Su Señoría.– A nombre del cacique Juan Catriel Rayen, firma: P. Sigifredo de Frauenhausln, Misionero Apostólico Capuchino.

Panguipulli, Enero 25 de 1907.

CONCLUSIÓN

He terminado este deshilvanado trabajo que fue escrito con un solo deseo: el de atraer la atención del Gobierno y de la sociedad hacia los desfallecidos y dolientes restos de la raza araucana, que fue grande y fuerte hasta poner en jaque al dominio español en el extremo más apartado de la América.

No lo escribí con propósito de lucro ni por vanidad, y si alguna hubiera podido tener, está suficientemente halagada con la benévola acogida que «El Diario Ilustrado» le ha otorgado y con los inmerecidos elogios que en curso de su publicación ha recibido el folletín.

Faltaría para llenar todos mis deseos que el Gobierno y el Soberano Congreso legislarán al respecto de proteger a los araucanos de los ejércitos de bandoleros que han sentado sus reales entre sus rucas.

¡Que se conserven esas pocas reliquias de nuestros aborígenes, de aquellos guerreros salvajes que nos enseñaron a defender nuestro suelo a costa de sangre y sacrificios!

FIN